

Selección



CURTIS GARLAND

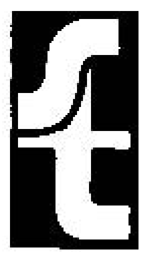
UNA ORACION POR ABIGAIL



CURTIS GARLAND

UNA ORACIÓN POR ABIGAIL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 427
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ —BUENOS AIRES —CARACAS —MÉXICO
ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.898 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.
1ª edición en España: mayo, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona —1979

CAPITULO PRIMERO

«Rezad por Abigail. Rezad, malditos bastardos. Rezad por ella, si aún la recordáis. Rezad por ella si nada hicisteis en su favor.

»Rezad por ella, y que Dios no os lo premie ni os escuche.»

Era un feo epitafio. Desagradable y hosco, como el lugar. Sombrío como una maldición; tétrico como la vegetación silvestre que se enroscaba en las viejas lápidas medio abatidas o cubría las losas con sus inscripciones gastadas por el tiempo.

Encima de tan soez y agrio recordatorio, aparecía el nombre y la fecha. No había dudas sobre eso. Era su tumba. La tumba de ella.

Abigail Sotherby

Murió a los dieciocho años

Hoy, 19 de noviembre de 1952

Era como si la lápida ya hubiera estado preparada de antemano. Sólo faltaba la fecha. Día, mes y año. El resto, posiblemente se había grabado ya en la blanca piedra que ahora cubría la fosa con su ataúd, en el viejo y ya abandonado cementerio de Rickinshaw Abbey.

Detrás de los muros ruinosos de la vieja abadía, apenas una docena y media de tumbas que nadie se había molestado en trasladar siquiera al otro cementerio, el nuevo, distante una milla larga de allí, y cuyos flamantes cipreses puntiagudos podían verse mecidos por el frío cierzo de la región, allá tras la loma.

Brian Sewell se subió el cuello de la gabardina, que el aire agitaba en torno a su cuerpo delgado y erguido. Hundió las manos en los bolsillos, pese a que llevaba guantes, aterido de frío en el desolado paraje. Contempló largamente la lápida recién descubierta entre los matojos salvajes, limpia de polvo gracias al cubo de agua que había acarreado desde la cercana fuente natural, para dejar al descubierto la tumba.

—Ciertamente, no sé si alguien te rezó alguna vez, Abigail —dijo entre dientes—. Lo que sí es cierto, es que nadie ha venido últimamente a tu postrera morada para poner en ella unas flores o simplemente para limpiarla un poco.

Meneó la cabeza con cierto desaliento. No se consideraba un buen creyente, pero había cosas que le molestaban. Una de ellas era la pompa y el dolor en algunos funerales, para después olvidarse inmediatamente de la persona fallecida y no volver a derramar una lágrima por ella, ni a preocuparse, cómo mínimo, de visitar su tumba alguna vez.

Claro que de la muerte de Abigail Sotherby hacía ya veinte años. Veinte largos años. ¿Quién podía acordarse ya de ella, la muchacha de

dieciocho años malograda en plena adolescencia, casi sin haber llegado siquiera a ser mujer?
Y sin embargo...
Sin embargo, ahora, alguien se acordaba de ella. Se preguntó por qué.
Rebuscó en sus bolsillos, hasta dar con el papel arrugado. Lo desplegó, apartándose unos
pasos de la tumba y tomando asiento en un mojón de piedras junto a otra tumba, pasó su mirada distraída por el escrito.
«Señor Sewell:
»Deseo se ocupe de un viejo asunto olvidado. Visite un pueblecito insignificante llamado Rickinsshaw, al norte de Nottingham, y muy cerca de Manchester. Allí encontrará una abandonada abadía, y en ella un cementerio ya en desuso. En ese lugar está enterrada una joven llamada Abigail Sotherby.
»Investigue su muerte, por favor. Tendrá un cheque esperándole en el único hotel de Rickinshaw, donde puede alojarse. Le adjunto billete de ferrocarril y unas libras para gastos, hasta llegar allí.
»Me pondré en contacto con usted más adelante. Creo que sus honorarios le interesarán. Caso de no ser así, devuelva el cheque al conserje del hotel, y éste le entregará otro sobre con dinero y el billete de regreso a Londres, junto con mi agradecimiento. Si acepta, cobre ese cheque. Recibirá instrucciones más adelante.
»Un saludo de su affmo:
»J.L.B.»
Eso era todo. Sewell había utilizado el billete de ferrocarril hasta la pequeña estación de Rickinshaw. No había tocado aún el billete de veinte libras que acompañaba a esa misiva y a ese billete ferroviario.
Antes de tomar alguna decisión, había optado por visitar el cementerio y la abadía, a cosa de dos millas del pueblo. Ahora regresaría al hotel y decidiría. No pudo imaginar que nadie tuviera interés por averiguar algo relacionado con la muerte de una muchacha, veinte años atrás. Demasiado tiempo para cualquier clase de investigación, pensó Sewell.
Además, él no era propiamente un detective privado ni nada semejante. Su tarea consistía, en cobrar facturas, visitar morosos y hacer diligencias judiciales para algunos abogados y notarios de Londres. Cierto que su pequeña oficina del Soho ponía pomposamente «Investigaciones confidenciales», pero se refería a otra clase de investigaciones, como avales personales, referencias comerciales e informes financieros. Nada de asuntos raros ni oscuros, propios de las novelas baratas.
Lo malo es que tenía sus dudas. No sabía si aceptar o rechazar el extraño encargo. Resultaba lógico, en una persona como él, cuyos honorarios por cualquier servicio, las más de las veces, no sobrepasan

las cincuenta libras. El cheque bancario que recogiera dentro de un sobre sin instrucciones, dirigido a su nombre, y depositado en el casillero del único hotel de Rickinshaw, importaba la friolera de mil libras esterlinas. No era una fortuna, pero sí suficiente para salir de muchos apuros.

Mil libras por investigar la muerte de una chica, veinte años atrás. Claro que se había apresurado a informarse sobre ese cheque a través del Banco local. Era perro viejo en trucos, y no era fácil darle gato por liebre. El cheque resultó conforme. El Banco se lo pagaba en cuanto quisiera.

Optó por esperar al otro día. Prefería ver antes la tumba, y luego decidir. Ahora estaba más indeciso que nunca. No se sentía capaz de seguir adelante con un asunto tan complejo. Investigar sobre personas muertas no era su especialidad. Y menos cuando esa muerte tenía dos décadas de antigüedad. Pero las mil libras eran un señuelo realmente sugestivo para un hombre en su situación financiera. Y ahí estribaba su gran duda.

Regresó a Rickinshaw sin prisas, caminando por un sendero bordeado de árboles, desnudos virtualmente de hojas en aquella época del año. Con el avance de la tarde, el cierzo

se iba haciendo más hosco y frío. Tuvo que apartarse una vez del sendero, para dejar paso a un automóvil de viejo modelo, marca Rolls, de color negro. Un chófer uniformado de gris le contempló despectivo, antes de envolverle en una nube de polvo. Sewell se fijó en sus ojos estrechos, negros y fríos, y en la mueca burlona de sus delgados labios. También observó que una mujer enlutada ocupaba el asiento posterior del vehículo.

El coche viró en un punto del sendero, perdiéndose tras unos altos y descuidados setos, hacia alguna parte. Cuando Sewell llegó allí, miró por simple curiosidad el letrero del desvío, claveteado sobre un poste de madera vieja:

A Shotherby Manor. Propiedad privada. No pasar

—Sotherby Manor... —recitó Sewell en voz alta, parándose ante el poste indicador—. Es el apellido de la muchacha... Si tiene familia aquí, no puede decirse que cumpla sus deberes cristianos con rigor...

Siguió adelante en su paseo vespertino, mientras las luces de la tarde se iban tornando azules, y el cielo se oscurecía por momentos. Con el otoño tan avanzado, y en aquellas regiones, era rápido el anochecer. Después de todo, era Noviembre.

Noviembre...

Reflexionó sobre eso. Pronto iba a cumplirse el veinte aniversario de la muerte de Abigail Sotherby. Justamente dentro de tres fechas, puesto que hoy era el día dieciséis.

No podía ser casual. Su comunicante, el hombre —¿o mujer?— de las

iniciales J. L. B. —ninguna letra S. que asociar a Sotherby, meditó sobre la marcha—, le había hecho acudir ahora a Rickinshaw por alguna razón relacionada con ese aniversario. Pero ¿por qué, quien fuese, esperó nada menos que veinte años para remover el viejo asunto?

Cuando llegó a Rickinshaw, era ya tarde, y las luces del alumbrado público brillaban en sus pintorescas calles en pendiente, con sus casas todas de ladrillos rojos, diminuto jardincillo con verja, chimenea típicamente inglesa, y pequeños escaparates de las tiendas céntricas.

Pese a ello, el Registro Civil local aún estaba abierto. Sewell entró en él. El lugar olía a moho y vejez. Una mujer huesuda, enlutada y con gafas de pinza aferradas angustiadamente a su corva nariz, estaba archivando legajos cuando él entró. Dirigió una mirada al reloj de pared, que señalaba las cinco menos cinco, y escudriñó con cara de pocos amigos al visitante.

—Lo siento, señor —dijo—. Vamos a cerrar ya.

—Oh, lo lamento —se excusó él—. Sólo deseaba una consulta rápida. No creo que lleve más allá de dos minutos.

La dama hizo un gesto de desagrado, refunfuñó algo entre dientes, y terminó por conceder:

—Está bien. ¿Qué es lo que desea?

—Revisar un momento los certificados de defunción del año 1952. Mes de noviembre, para ser exactos, señorita.

—Muy bien —volvió a mirar lúgubremente el reloj, como si su vida dependiera del minutero que se movía lentamente hacia las doce, y caminó con desgana hasta una serie de legajos archivados en un armario—. ¿Pertenece usted a alguna entidad determinada? Ya sabe que se necesita un permiso especial para revisar documentos…

—Por supuesto —asintió Sewell, extrayendo su identificación como gestor financiero y de informes oficiales y privados, que mostró a la mujer—. Véalo, señorita. Estoy autorizado para gestiones como ésta.

Los ojos inquisitivos de la mujer contemplaron la credencial aún a distancia. Asintió, arrugando el ceño.

—Hum —dijo—, Londres… Viene de muy lejos para una consulta así, señor.

—Cierto. Pero mi cliente está interesado en ello. Uno tiene que hacer lo que le piden. Forma parte del trabajo.

—Dígamelo a mí —suspiró la oficinista, localizando un dosier polvoriento, con la indicación de «1952. Segundo semestre», escrita en su lomo.

Depositó el legajo ante Sewell, volviendo a mirar el reloj con impaciencia. Brian empezó a pasar hojas con rapidez. Se detuvo en noviembre, y las pasó más despacio, hasta llegar al día 19 de noviembre.

Había sólo dos certificados de defunción en esa fecha. Uno, de un tal Elmer Sargent. El otro, por supuesto, destinado a Abigail Sotherby. Se centró su atención en éste.

Abigail Sotherby, nacida en mayo de 1934 en Manchester, hija de Laraine y de Abner Sotherby, de Rickinshaw, había muerto el día 19 de noviembre de 1952, víctima de... un tumor cerebal. Muerte natural, incluso prevista médicamente con mucha antelación. Nada misterioso en todo ello, por tanto.

Algo defraudado, dio las gracias a la empleada del Registro, saliendo de las lóbregas oficinas cuando el reloj de algún edificio público, desgranaba sonoramente las cinco campanadas. Lo último que había examinado en el certificado de defunción, fue la firma del médico que extendiera el documento: doctor John F. Mayer.

Regresó lentamente al hotel. Iba meditando sobre el asunto que le ocupaba. No acababa de verlo claro, ni mucho menos.

Había esperado, en realidad, encontrarse ante un fallecimiento ocurrido en circunstancias misteriosas. Y he aquí, sin embargo, que la muerte de la jovencita Abigail Sotherby, veinte años atrás, fue perfectamente natural y sin apariencia alguna de factores sospechosos. Sewell se preguntó por qué alguien había tenido la ocurrencia de investigar aquellos hechos tras tanto tiempo, y pagando mil libras por ello.

Entró en el hotel provinciano, pequeño, confortable y modesto, aseándose antes de cambiarse de ropa y bajar a tomar un aperitivo antes de la cena, en el acogedor bar del establecimiento. El barman, un hombre de nariz roja y expresión afable, tenía un fuerte acento irlandés al hablar. Parecía prestar servicio en la barra del bar y en el comedor del hotel. A fin de cuentas, en un local como aquél, situado en una pequeña población como Rickinshaw, no hacía falta alardear de servicio numeroso. Sewell pidió un sherry seco, y observó que sus compañeros de alojamiento eran en su mayoría viajantes de comercio. Había tres de ellos contándose chistes y hablando de vez en cuando de sus asuntos profesionales, al otro extremo del mostrador.

—Hace días que tengo un poco de jaqueca —comentó Sewell al barman—. Me han hablado de un buen médico, aquí en Rickinshaw. ¿Sabe si es realmente bueno para consultarle, amigo?

—¿El doctor Mayer? —el barman asintió con energía—. Oh, por supuesto, señor. El doctor Mayer es un excelente médico, se lo aseguro. También su padre lo era.

—¿Su padre? —Brian enarcó las cejas, pareciendo contemplar absorto el dorado transparente de su copa de jerez—. No se referirá a John F. Mayer, ¿verdad?

—El mismo, señor —le miró el hombre de la nariz roja con sorpresa—. ¿Es que le conoce Usted?

—Un amigo mío le conoció, pero de eso hace ya bastantes años. ¿Se retiró acaso?
—Hará unos tres o cuatro años, sí. Ahora, su hijo James ocupa la consulta de Main
Street. Es un excelente muchacho y un médico muy digno de confianza. Puede visitarle sin recelos, créame.
—Sí, es lo que haré mañana mismo —admitió Sewell vagamente, apurando su jerez.
Cenó momentos después, y tuvo que admitir que la cocina del hotel era excelente. Tanto la crema de ave como el cordero asado con zanahorias, resultó de primera calidad. Un vino muy aceptable regó la cena de modo adecuado, y al terminar, Sewell se sentía mucho mejor que al regresar de su paseo por la abadía y el olvidado cementerio viejo.
No se acostó directamente tras la cena. Salió a las calles virtualmente desiertas de la población, hasta encontrar un pequeño y acogedor pub llamado La Espada y el Yelmo, donde entró, pidiendo un scotch: Se sentó en una mesita arrinconada, encendiendo un cigarrillo y contemplando las vacías calles de Rickinshaw, azotadas por un aire frío y cortante que invitaba a estar bajo techado.
Pensó de nuevo en Abigail Sotherby. Y en la mansión cercana al cementerio, con el nombre de Sotherby en su acceso. El desagradable chófer de uniforme gris y la dama enlutada del interior del Rolls negro, vinieron a su memoria.
¿Era realmente un familiar de Abigail? ¿Qué significaba el agresivo epitafio de la olvidada tumba? ¿Quién era J. L. B. y por qué pagaba mil libras por investigar algo tan aparentemente claro? ¿Es que el doctor Mayer sénior había falseado los motivos de la muerte en su certificado de defunción? Ese era un grave delito para un médico, difícil de suponer, y más en un profesional íntegro y honesto, como parecía haber sido el padre del actual médico de Rickinshaw.
—Tal vez me estoy dejando llevar por la imaginación —murmuró Brian, hablando consigo mismo— todo puede tener su explicación, si J. L. B. fue algún viejo enamorado de la muchacha, y su mente no anda demasiado equilibrada desde que ella murió...
Era una explicación fácil y convencional, pero no se le ocurría otra. Por un lado, estaba tentado de abandonar el asunto, devolviendo el cheque al conserje del hotel. Por otro, mil libras tenían para él un peso específico y concreto. Pero no le gustaba ser juguete de ningún maniático u obstinado. Y si seguía la corriente a un hombre obsesionado por los fantasmas de viejos recuerdos sin fundamento, se consideraba demasiado vil y falto de ética.
Cuando abandonó el pub, seguía tan confuso como al entrar en él. Emprendió el regreso al hotel, con las manos sepultadas en los

bolsillos de su gabardina y la mente llena de confusiones. Quizá por ello, estuvo a punto de darse cuenta demasiado tarde de lo que sucedía.

Y ello pudo costarle la vida.

CAPITULO II

Sucedió todo muy rápidamente, casi como un relámpago.
Brian Sewell estaba cruzando la distancia entre dos esquinas, un estrecho callejón oscuro flanqueado por dos muros de ladrillos rojo oscuros. El aire silbaba lúgubremente por las calles desiertas del pueblo.
Justo entonces, algo le arrancó de su abstracción. Nunca supo si fue puro instinto ante la proximidad del peligro, o simple casualidad. Pero en ese instante, dejó de pensar en todo aquello. Y percibió el riesgo, la amenaza.
Una amenaza mortal que llegó de arriba. Alzó su cabeza, presintiéndolo. Tuvo justamente una fracción de segundo para salvarse.
Aquello, lo que fuese, pesado y voluminoso, se desplomaba con velocidad hacia él. Se apartó, su cuerpo todo se puso en movimiento con perfecta y vertiginosa sincronización, saltando lejos del punto donde se hallaba, fuera de la calzada.
Pasó sobre la acera y se golpeó contra el muro opuesto, quedando luego pegado a él, aferrado como una lapa, mientras algo zumbaba junto a él con violencia, y un formidable impacto en el suelo le señalaba la caída de aquello, justamente donde él se hallaba un momento antes.
Resopló, lívido, contemplando el objeto caído en plena calzada, junto a él, el objeto mortífero que, caso de haberle sorprendido en la abstracción previa, le hubiera aplastado contra el asfalto.
Era una figura de piedra de grandes proporciones, sobre una base de mármol. Ahora yacía rota, agrietada, separada de su base por la violencia formidable de su impacto en el suelo. Se enjugó el sudor, pese al frío de la noche, pensando cómo estaría él ahora, si no se hubiera apartado tan a tiempo de la mortal trayectoria de la estatua.
Esta mediría unos tres pies y medio de alta, con otro pie de base como mínimo. Su peso total podía ser de doscientas cincuenta libras aproximadamente. (1). Miró a lo alto. Era raro, pensó dentro de su confusión actual. ¿De dónde podía desprenderse semejante objeto con tanta facilidad?

(1) Poco más de un metro de altura la figura, por treinta centímetros de base y unos ciento veinticinco kilos de peso, aproximadamente. (N. del E.)

Las paredes de ambas casas aparecían en sombras. Sus ventanas, a oscuras y cerradas. Observó que la casa de enfrente a aquella en que se apoyaba ahora, tenía un cartel bien visible en su esquina:
SE ALQUILA

Y debajo, las señas de la agencia encargada de su arrendamiento. Se estremeció Sewell, al calcular la trayectoria de aquella estatua. No podía proceder de otro lugar, en buena lógica. Había caído de la casa por alquilar.
No le gustó la idea. De súbito, el aparente accidente cobró una dimensión siniestra e insospechada.
¿Había sido un accidente? ¿O era un hecho provocado por alguien?
La idea se abrió paso en su aturdida mente con cierta dificultad. De un manotazo limpió de transpiración su rostro y, resueltamente, corrió a la casa por alquilar. Presionó la puerta de entrada con ambas manos. Inúltimente, porque estaba cerrada. Llevó el dedo a un timbre situado en el dintel. Lo pulsó repetidas veces. No captó sonido alguno. Debían haber cortado el fluido eléctrico mientras la casa permaneciese sin habitar.
Irritado, utilizó el aldabón de pesado bronce, en forma de puño cerrado, batió con él, ruidosamente. Dentro de la casa, retumbó el llamador, despertando dormidos ecos. Pero nadie acudió a abrir.
—¿Qué le pasa, amigo? ¿Es que ha bebido usted demasiado?
La voz sonaba justamente al lado de su hombro y tenía tono poco o nada amistoso. Se volvió. El negro uniforme del policía no logró sobresaltarle. Casi sintió alivio al ver junto a él al agente local, pese a la mirada ceñuda y hosca que éste le dirigía, con las manos apoyadas en sus caderas, de forma agresiva.
—Oh, agente, disculpe —jadeó—. No he bebido más que un scotch.
—Pues no lo parece. ¿Qué diablos hace aquí, armando escándalo? Para su noticia, si es que no sabe leer, le diré que esta casa está deshabitada y se alquila.
—Lo sé muy bien, agente. Pero si no está habitada, ¿quién arrojó sobre mí esa estatua que yace en el callejón?
—¿El qué? —farfulló el policeman, sorprendido.
—Véalo usted mismo —le señaló la esquina en sombras—. Cayó de lo alto. De esta casa, precisamente, podría jurarlo. Estoy vivo de milagro.
El policía puso cara de recelo y asomó la cabeza al callejón. Masculló algo entre dientes, cuando su linterna iluminó la desgajada figura de piedra.
—Diablos... —masculló, acercándose a examinarla. Luego, miró a lo alto, barriendo con su linterna la roja fachada y las ventanas enmarcadas por pintura blanca, muy en la línea tradicional británica —. ¿Cómo pudo caer algo así a la calle?
—Es lo que yo me pregunto, agente —dijo Sewell con aspereza—. ¿Le sorprende ahora que pretendiera saber quién está metido aquí dentro, diga lo que diga el cartel?
—Está bien —el policía local extrajo un revólver de debajo de su negro capote y se aproximó a la puerta de la casa deshabitada—.

Vamos a verlo juntos, señor. Pero la casa Sotherby tiene todo el aspecto de seguir deshabitada.,.
—La casa *¿qué?* —exclamó Sewell, sobresaltado.
El policía le miró pensativo, mientras extraía un manojo de llaves para intentar abrir aquella puerta. Explicó, mientras comenzaba a probarlas una tras otra en la cerradura:
—Esta casa perteneció a una rica familia local, los Sotherby. Pero ellos la vendieron a un agente comercial de Rickinshaw, que la arrienda por temporadas y que la vendería gustoso si surgiera un comprador. La casa no tiene demasiado éxito de cara a posibles arrendatarios. Hay quien dice que es la maldición de Abigail, pero yo no creo en esas cosas.
—Abigail... —repitió Brian con un hilo de voz—. ¿Ella... esa chica... vivió aquí alguna vez?
—Más que eso, señor —suspiró el policía, tras lograr al fin que una llave girase en la cerradura, y la puerta se empezase a abrir con un chirrido de goznes mohosos—. Ella también murió aquí, hace ya muchos años, Y la gente dice que murió maldita, y maldita está esta casa... Por favor, ¿quiere entrar conmigo o prefiere esperar aquí?
Torpemente, Brian resolvió entrar con el agente en la casa deshabitada.

***

No fue mucho lo que descubrieron en su búsqueda dentro de aquellos viejos muros empapelados, con olor a abandono y manchas de humedad en las paredes. El mobiliario, viejo y pesado, se conservaba relativamente bien, las cortinas y tapizados tenían algunas manchas verdosas, había exceso de polvo sobre todo, y las ventanas, salvo una sola excepción, estaban herméticamente cerradas.
Era la ventana de un amplio salón con panoplias, una armadura medieval, figuras decorativas y una enorme chimenea con un retrato encima enmarcado en oro, la que resultó estar abierta, de modo inexplicable.
El aire agitaba las cortinillas y visillos, y hacía frío en la estancia. Sewell observó el cuadrado limpio de polvo, en el pavimento, junto a la ventana. Lo señaló con viveza, cuando la linterna del policía lo iluminó de pasada,
—¡Vea eso, agente! —avisó—. Ahí estaba situada la estatua, sin duda.
El *policeman* asintió, acercándose al lugar. Midió mentalmente la breve distancia al amplio hueco de la ventana de guillotina, abierta por completo. Arrugó el ceño.
—El aire no pudo mover una figura tan pesada —comentó con sequedad—. Pero sí cabe perfectamente por el hueco...
—La estatua no se movió de ahí, o se verían huellas en el polvo —

señaló Brian, pensativo—. Por tanto, si alguien la arrojó, se limitó a hacerla inclinar hacia la ventana para luego empujarla, Por su propio peso, la figura, una vez medio fuera, se fue a la calle.
—Pero ¿por qué diablos haría nadie algo semejante? —gruñó el policía, rascándose su pelirrojo cabello bajo la gorra de visera—. No tiene sentido. Pudieron matar a alguien...
—Sí. A mí —asintió Sewell secamente.
—A usted —corroboró el agente, afirmando con la cabeza. Le miró, ceñudo—. ¿Por qué habría de hacer nadie eso, metiéndose aquí y esperando su paso por el cruce del callejón, señor... er... señor...?
—Sewell. Brian Sewell —señaló el joven londinense la ventana de enfrente, con repentino afán—. Vea eso, agente.
—¿El qué?
—Esa ventana. El cristal, con el postigo cerrado, hace de espejo bastante claro, gracias a la luz callejera. ¿Qué ve reflejado en él?
—La calle, aquella farola, la luz del pub...
—Exacto. El pub. La Espada y el Yelmo. Yo estuve en él. Salí, tomando este camino hacia el hotel, porque es el más recto. Alguien lo esperaba aquí apostado. Cuando me vio
iniciar el cruce de la calzada en el callejón, empujó la estatua inclinada sobre el alféizar —se acercó Sewell a la ventana y señaló el citado alféizar, donde la madera aparecía claramente rascada y astillada—. Vea las huellas de la estatua apoyada en ese punto, agente. Todo coincide.
—Pero usted es forastero en Rickinshaw, ¿no? —el policía parecía confuso—. ¿Quién desearía matarle a usted?
—No lo sé. Pero quien fuese, se metió en esta casa para aguardar a que yo saliera del pub. Y ha abandonado la casa por alguna otra salida que no fue la puerta principal, mientras usted y yo decidíamos entrar aquí. Ya ve que no hay nadie en parte alguna. Y, lo que es más significativo, ni una sola huella... salvo ésas.
Sewell señalaba al suelo polvoriento, donde se apreciaba el roce de algunos pasos marcados tenuemente en el polvo. Esos pasos cruzaban la sala para conducir directamente a la ventana.
—La persona que arrojó la estatua —convino el policía. Buscó otras huellas en vano—.
Luego regresó, pisando sus propias huellas, para salir al corredor. Es evidente que ha tomado toda clase de precauciones para no ser seguido. Vea: el corredor ha sido barrido recientemente, y no hay huellas en el parquet. Se evaporó su misterioso enemigo, señor Sewell. Por cierto, ¿quién es usted y qué hace en este pueblo, para haber sido elegido como víctima de un presunto asesinato, señor Sewell?
—Eso lo hablaré con su superior, si existe alguno en Rickinshaw por encima de usted, agente.

—Claro —el pelirrojo policía pareció molesto por esa decisión—. El constable Hopkins es mi jefe, y quien dirige el puesto de policía de este lugar. ¿Desea hablar con él ahora mismo?
—Sí, será lo mejor —resopló Brian—. No estoy acostumbrado a que la gente atente contra mi vida, después de todo...
Y como el examen del resto de la casa no reveló cosa alguna que les permitiera tener esperanzas de dar con el misterioso ser que manipuló la estatua, abandonaron la vieja casa urbana de los Sotherby.
Pero antes de hacerlo, Brian señaló el retrato situado sobre la gran chimenea, y preguntó al agente de policía local:
—¿Sabe quién es esa dama?
El *policeman* asintió, barriendo el gran retrato al óleo con su linterna.
—Sí, claro que lo sé —afirmó—. Ella era Abigail Sotherby...

***

Abigail Sotherby.
La recordaba muy bien. Con todo detalle. El cuadro le había impresionado, aunque lo disimuló en presencia del agente Waggins, que tal era el nombre del pelirrojo policía de servicio.
Tras su entrevista con el constable Hopkins en la estación de policía de Rickinshaw, relatándole todo cuanto le sucediera a partir de la recepción en su oficina de Londres de la carta de J.L.B. y el billete de tren hasta Rickinshaw, había regresado al hotel, con la promesa del constable de investigar el extraño suceso de la vieja casa de los Sotherby, y sin que el policía le hubiese reprochado nada por su comportamiento, ya que tenía pleno derecho a investigar algo, si le pagaban para ello, siempre que no fuese de jurisdicción policial. Y que el constable supiera, una muerte natural, acaecida veinte años atrás, no ofrecía motivos para pesquisas policiales de ningún género. Otra cosa muy distinta era lo de aquella noche. Eso, tenía todas las trazas de ser un claro intento de asesinato en la persona de Brian Sewell.
Ahora, mientras tomaba una lata de cerveza en su habitación, tendido en la cama, estaba reflexionando sobre los sucesos de la noche. Y sobre el retrato de Abigail Sotherby.
Era extraño, pero aquella mujer del óleo producía la impresión de ser mucho mayor de dieciocho años. O el pintor la retrató dándole un aire de madurez, o la muchacha había aparentado más edad en vida. El calculaba a la modelo del retrato unos veintidós años. Pero sólo tenía diecisiete al ser retratada por un pintor local, un tal Hamilton Fox, según le dijera el locuaz y pelirrojo Waggins. Un año más tarde, un tumor maligno e irreversible, terminaba con su vida.
Evocó la imagen de aquella muchacha de suaves cabellos dorados, ojos jaspeados, mezcla
de grises y verdes fascinantes, nariz recta, boca suavemente carnosa,

piel rosada y figura esbelta y delicada.
Abigail Sotherby. Así había sido ella. Fumó en silencio, tras apurar la lata de cerveza que le sirviera el conserje como un favor especial, fuera de las horas habituales de servicio de bebidas alcohólicas en el hotel.
—¿Por qué? —se preguntó Brian, empezando a sentir cansancio y sueño—. ¿Por qué quiere alguien que investigue la muerte de esa chiquilla? ¿Por qué me pagan mil libras por ello si todo fue claro y por causas naturales? ¿Por qué, en ese caso, han intentado asesinarme esta noche? Y precisamente desde la casa donde ella murió…
Se quedó dormido pensando en todo eso y dándole cien vueltas en su cabeza. Estaba tentado de abandonar el caso, devolver el cheque y regresar a Londres sin pérdida de tiempo.
Pero lo cierto es que, al otro día, su primera visita fue al Banco local, donde hizo efectivo el cheque por valor de mil libras, abriendo con él una cuenta a su propio nombre.
Mientras lo hacía, tenía la inquietante certeza de que alguien le vigilaba, y que el misterioso J.L.B. sabía ya que había aceptado tácitamente el caso. Miró por las vidrieras del Banco al exterior.
No vio nada sospechoso, ni a nadie que vigilase el Banco. Pasaban peatones presurosos y automóviles en ambas direcciones, eso era todo. Pero la impresión siguió fija en él.
Era vigilado, y lo sabía. Se preguntó si solamente por J.L.B., su misterioso cliente… o también por el fallido asesino de la noche anterior, el enigmático visitante de la finca de los Sotherby.

CAPITULO III

—¿Señor Sewell?
—Sí —volvió la cabeza, dejando el tenedor y el cuchillo junto al plato —. Yo soy. ¿Qué desea?
—Le llaman al teléfono —informó el camarero del comedor del hotel —. En conserjería, por favor. Dice que es J.L.B. Sólo eso.
Brian se secó los labios con la servilleta, incorporándose y yendo con rapidez al vestíbulo. Tomó el descolgado teléfono. Al tomarlo, preguntó cauto:
—¿Sí?
—¿Es usted Brian Sewell? —indagó una voz al otro extremo del hilo.
—El mismo. ¿Y usted es... mi cliente?
—Exacto. J.L.B. en persona —la voz sonó calmosa, afable. Era masculina. O al menos, lo parecía—. Ya sé que cobró usted mi cheque hoy. ¿Ha sido su decisión?
—En efecto. Lo ha averiguado muy pronto...
—Estaba a la expectativa, eso es todo. Me alegra que tomara esa decisión, señor Sewell.
—Yo no estoy tan seguro de alegrarme de ella. Anoche intentaron asesinarme.
—Lo sé.
—Vaya, ¿también eso? Está muy bien informado, señor J.L.B.
—Rickinshaw es un pueblo pequeño. No es difícil saber las cosas. Hopkins es una buena persona y un policía honesto, pero habla bastante con la gente. Más de medio pueblo sabe ya que un forastero estuvo a punto de morir aplastado por una estatua de piedra lanzada por una ventana de la vivienda deshabitada que fuera de los Sotherby.
—Supongo que ese intento de asesinato tendrá algo que ver con su contrato...
—No puedo estar seguro de ello, pero podría ser —la voz de J.L.B. se tornó cautelosa—. Le aseguro que no intento causarle daño. No esperaba esa reacción del asesino.
—¿Qué asesino?
—El que mató a Abigail hace veinte años.
—Tonterías. Ella murió de tumor cerebral. He visto el certificado de defunción extendido por el doctor Mayer. ¿De dónde ha sacado que fue un crimen?
—Eso es asunto mío. Usted es quien debe probarlo. Para eso le pago, Sewell.
—No soy un detective privado, ¿lo ha pensado bien? Sólo me ocupo en Londres de pequeños asuntos administrativos...

—Investigar un viejo crimen puede parecerse bastante a buscar antecedentes e informes financieros, pongamos por caso. No le pido garantía de éxito. Sólo que investigue. Si descubre la verdad, tanto mejor para todos. Usted recibirá otras mil libras en concepto de honorarios.
—A lo mejor esa verdad no le gusta a usted. Podría ser la confirmación de sus sospechas. O, por el contrario, la seguridad absoluta de que no fue un crimen.
—En ambos casos, recibiría sus mil libras restantes. Si avanzada su investigación renuncia por cansancio o fracasa en el intento, no tiene que devolverme nada. Sólo tomar el tren de regreso a Londres y olvidar el asunto.
—Son unas condiciones muy generosas.
—Usted está corriendo riesgos ahora. Debí imaginarlo. Eso me confirma que a alguien no le gusta que usted esté aquí, averiguando cosas. Prueba de que hay algo sucio que ocultar. Deberá tomar precauciones desde ahora, puesto que sigue adelante con el caso, Sewell.
—Sí, eso parece evidente. Pero es asunto mío. Nadie me ha obligado a aceptar sus condiciones. Sé a lo que me expongo, y tomaré mis medidas. Ojalá resulten.
—Si tengo algo para usted, le dejaré una carta en el hotel o volveré a llamarle, Sewell. Ahora debo colgar ya. Hemos hablado lo suficiente.
—Espere. ¿Y si tengo yo algo que contarle a usted?
—Envíelo por correo. Al apartado de Correos 166 de esta misma ciudad. Eso bastará. Hasta otra ocasión, Sewell. Buena suerte.
Sonó el «clic» de interrupción de la comunicación telefónica. También Brian colgó lentamente. Regresó al comedor, pensativo. Concluyó el almuerzo, pensando en aquellas otras mil libras que podía ganar al final del asunto, si es que lo resolvía a gusto de su misterioso cliente.
Apenas hubo terminado su comida, hizo la primera visita del día: la consulta del doctor Mayer.

***

—Un momento, por favor. El doctor Mayer le recibirá en seguida.
La enfermera dio media vuelta, sin abandonar su sonrisa, y caminó hacia la puerta del fondo. Brian observó que el uniforme blanco se amoldaba perfectamente a unas bien curvadas caderas y a un trasero respingón y firme, que se movía voluptuosamente con su taconeo. Tenía bonitas pantorrillas. Una enfermera de película, pensó Brian con cinismo, recordando su sonrisa, sus labios carnosos y sus pechos bien erguidos y agresivos.
El doctor no tardó en aparecer, ataviado con su corta bata blanca. Los ojos grises, joviales y penetrantes, brillaban tras los cristales de sus

gafas de montura metálica de color dorado, y llevaba bien peinado su cabello castaño, excepto en un rebelde mechón que barría, su amplia frente. El doctor Mayer júnior debía andar entre los veintiocho y treinta años, calculó Sewell.

Fue a su encuentre y le estrechó cordialmente la mano. Luego, el joven médico echó una ojeada a la tarjeta de visita que le pasaran, y habló con amabilidad profesional, invitándole a pasar a su consultorio:

—Bien, señor Sewell, ya me ha dicho la señorita Harris, mi enfermera, que no es usted un paciente, y que por tanto no viene a consultarme sobre su salud. Veo que reside en Londres y se dedica a investigaciones comerciales. ¿A qué debo el honor de su vista?

—No tiene mucho que ver con asuntos comerciales, doctor —sonrió Brian, tras sentarse frente a la mesa de acero cromado y vidrio del joven Mayer—, Se refiere a una antigua paciente de su padre, el doctor John F. Mayer.

—¿De veras? —el hijo enarcó las cejas, algo perplejo—. No veo la razón...

—No es sencilla, la verdad. Mi cliente me paga por investigar algo relacionado con la familia Sotherby. El resto es asunto confidencial, por supuesto.

—¿La familia Sotherby? —repitió el doctor Mayer pensativo—. Son pacientes míos. Al menos la señora Sharon Sotherby, de Sotherby Manor, que es la única pariente que en la actualidad reside en esta población, señor Sewell, pero no veo adonde va usted a parar...

—A Abigail Sotherby, doctor —dijo Sewell con sequedad.

El rostro del joven reveló desconcierto. Sus ojos grises parpadearon tras las gafas. Se echó atrás en su silla giratoria y suspiró, entrelazando las manos sobre el abdomen.

—Abigail Sotherby... —volvió a repetir con lentitud—. Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Lo recuerda?

—Claro. Abigail y yo... nos conocíamos. Ella tenía unos diez años más que yo. Era la más hermosa muchacha de todo Rickinshaw. Murió a los dieciocho años.

—Lo sé. ¿De qué murió, doctor?

—Tumor cerebral, creo. Entonces era mi padre el médico. Yo sólo venía a Rickinshaw por Navidades y en verano, de vacaciones. Estudiaba en un colegio de Manchester, después fui a Londres, donde estudié la carrera de Medicina.

—Entonces, era su padre quien asistía a los Sotherby...

—Inevitablemente —sonrió el joven médico—. Yo sólo tenía ocho o nueve años, y él era el único médico en esta ciudad. Ahora somos tres a repartirnos el trabajo, pero en esa época bastaba con uno solo.

—Me gustaría hablar con su padre.
—Lo veo difícil, señor Sewell. Está enfermo.
—¿Enfermo?
—Así es. Una dolencia nerviosa bastante seria. Tuvo que retirarse del ejercicio de la Medicina a causa de ello. No coordina muy bien sus ideas. Y recuerda muy pocas cosas con coherencia. Ahora está hospitalizado en Leeds, pero confiamos en que pueda volver aquí dentro de unas semanas, si la dolencia sigue un curso favorable.
—Lo lamento de veras, doctor Mayer. No podía saber...
—No, claro que no. No tiene por qué disculparse —se inclinó sobre la mesa, mirando fijamente a su visitante, y preguntó con repentino interés—: Pero dígame, señor Sewell, ¿qué está usted buscando, exactamente, en Rickinshaw? ¿Por qué esas preguntas sobre Abigail Sotherby?
Brian carraspeó levemente. Dudó entre una evasiva o una cruda sinceridad. Y optó por esto último.
—Verá, doctor —habló con gravedad—. Hay quien piensa que la muerte de Abigail no estuvo demasiado clara.
El médico pareció tardar en comprender las palabras de Brian. Lentamente se echó atrás, sin quitarle la vista de encima.
—¿Cómo? —murmuró finalmente—. ¿Qué quiere decir con eso, señor Sewell?
—Existe una persona que duda que ella muriese de muerte natural.
Parecía costarle trabajo asimilar la intención de aquellas palabras. Se mostró perplejo al responder con una pregunta:
—¿Está sugiriendo usted que... que hubo algo oscuro en su muerte? ¿Que el diagnóstico de mi padre fue erróneo?
—No soy yo quien lo dice, doctor Mayer. Sólo hago el trabajo que me pagan.
—Señor Sewell, eso no parece, en absoluto, una investigación comercial —la voz de Mayer, repentinamente, sonaba fría y poco amable—. Yo diría que es tarea de un policía o de un detective privado. Usted está sugiriendo, virtualmente... un homicidio o cosa parecida. A menos que sugiera suicidio o accidente...
—No sugiero nada. Le repito que obedezco instrucciones. Hay alguien que sospecha algo oscuro en la muerte de Abigail Sotherby.
—Existe un certificado legal de defunción, señor Sewell, extendido por mi padre, en el ejercicio de su profesión. Mi padre ha sido siempre un médico honesto y competente que no sufrió errores semejantes en toda su vida. Si él afirmó que Abigail Sotherby murió de tumor cerebral, es que fue así, sin discusión. ¿Está eso claro?
—Sí, doctor Mayer, pero...
—En ese caso, señor Sewell, nuestra conversación ha terminado —atajó, poniéndose en

pie con brusquedad—. Buenas tardes.
Tal vez no había obrado con tacto, pensó Brian, camino de la salida. El joven doctor Mayer estaba pálido y tirante. Su hostilidad hacia él era manifiesta ahora.
—Buenas tardes, doctor —saludó con la misma frialdad Sewell—. Lamento haber herido su sensibilidad de médico y de hijo. Pero anoche alguien intentó asesinarme, aquí en Rickinshaw. Me pregunto si sería porque no desean que sepa la verdad sobre la muerte de Abigail Sotherby, a pesar del certificado de su padre...
Y cerró suavemente la puerta, mientras el médico mascullaba algo duro entre dientes. Brian observó que la enfermera estaba sentándose ante su mesa de la antesala, como si viniera con premura de alguna parte. Sonrió, pensando que tal vez había escuchado tras la puerta toda la entrevista de ambos.
—Buenas tardes, señorita Harris —se despidió Brian, recordando el apellido de la joven—. Me temo que no pueda verla de nuevo. No soy persona grata a su jefe...
Ella le sonrió, pensativa, mordisqueando la extremidad de su lápiz, que luego rozó con sus labios. Había algo de sensual en todos los gestos de aquella enfermera tan bien dotada por la madre Naturaleza.
—Eso tiene fácil arreglo —sonrió la joven—. Termino mi trabajo a las cinco y media, y acostumbro a tomar el té en el local de Nelly. No tiene pérdida. Junto al cinematógrafo, al otro lado de esta calle...
Brian sonrió, asintiendo. Le guiñó un ojo antes de salir.
—Me encanta tomar el té a las cinco y media —dijo cuando se ausentaba.
Miró su reloj, una vez en la calle. Eran solamente las tres. Sobraba tiempo para su cita con la enfermera. Llamó a un taxi y le dio la dirección de la vieja abadía en ruinas. El taxista, un hombrecillo de nariz larga y ojillos menudos, le miró sorprendido.
—¿Está seguro que quiere ir allí? —le señaló al cielo—. Hoy va a llover, señor.
—Es igual —sonrió Brian—. Lléveme, por favor. Me encanta la lluvia.
—Eso es porque no ha visto llover en Rickinshaw —se quejó el hombre, poniendo en marcha el automóvil—. Hay veces en que los alrededores parecen un lago donde se hunde a medias la población. Sobre todo, en esta época del año...
Siguió charlando trivialmente de mil cosas durante el camino. Cuando llegaron a la abadía ruinosa, lo cierto es que el cielo mostraba en el horizonte, por el norte, un torvo y oscuro encapotado nada alentador. Aun así, Brian despidió el taxi, pagándole la carrera. El taxista le contempló estupefacto.
—¿Y si estalla la tormenta, señor? —preguntó, inquieto.
—No se preocupe por mí —sonrió Sewell—. Volveré antes de que eso

ocurra, amigo.
El taxista, no muy convencido, se alejó refunfuñando, y el taxi se perdió por el sendero, de regreso al pueblo. Brian volvió a caminar por entre ruinas y matojos, hasta detenerse ante la tumba de Abigail, en el cementerio abandonado.
Se llevó un repentino sobresalto.
El cuerpo de un perro yacía sobre la lápida. Le habían degollado brutalmente. La sangre del animal corría sobre la piedra y el epitafio, ya seca. Los ojos del pobre can reflejaban un vidrioso dolor. Lo tocó. Estaba rígido. Eso quería decir que llevaba muerto varias horas.
Brian se inclinó, intrigado, al observar que el perro era de raza y llevaba un collar rojo de cuero, en torno al cuello, muy nuevo y atractivo. Justo por encima de ese collar, le habían destrozado el cuello con terribles desgarros sangrantes.
Era un *setter* de ondulado y largo pelo oscuro, un bello ejemplar de su raza. Le quitó el collar de cuero, salpicado de remaches plateados. Llevaba en él una placa de registro municipal
de Rickinshaw. Y algo más grabado en el reverso del collar: el nombre de «Sotherby Manor», trazado con tinta azul.

***

Se detuvo ante el indicador de terreno privado, junto a los altos setos y la arboleda. Leyó de nuevo el rótulo:
A Sotherby Manor. Propiedad privada. No pasar.
Pasó. Se adentró resueltamente en la propiedad, sin soltar de sus brazos el cuerpo sin vida del pobre *setter*. Por encima de su cabeza, el cielo estaba ya casi totalmente nublado. Y el color de la tarde, gris plomizo, hacía presagiar justamente lo que tanto temía su chófer poco antes. El aire, frío y húmedo, era también un antecedente de la inevitable lluvia. Avanzó a lo largo de un sendero que se estrechaba entre altos árboles y densos setos. La propiedad debía de ser bastante amplia. Vislumbró allá, entre la espesura, un tejado de pizarra gris y parte de unos muros de ladrillos rojo oscuro, sin duda perteneciente todo ello a la finca de la señora Sotherby, la mujer enlutada a quien viera en el automóvil el día antes.
De súbito, algo silbó cerca de su cabeza. Unas hojas y ramas se partieron con áspero chasquido, y luego retumbó la detonación. Se paró en seco. Una bala acababa de pasar próxima a él.
—¡Quieto ahí, o tiro a dar! —sonó una voz agria y poco amistosa—. ¡No se mueva!
No se movió. No era su intención dar a nadie pretexto suficiente para volarle la cabeza a tiros. La hojarasca se agitó, y un hombre se abrió paso a través de ella.
Era un tipo alto, fornido, con chaqueta de cuero gastado, pantalones

de ante y botas polvorientas. Un gorro de lana cubría su cabeza, de pelo rubio claro. Esgrimía un rifle de caza que asestaba hacia él sin contemplaciones. Parecía un cazador, pero no llevaba zurrón ni piezas cobradas.
En alguna parte de la propiedad, sonaron ladridos lejanos. Brian se estremeció. Aquella forma de ladrar sólo podía corresponder a mastines enseñados a cuidar de una propiedad privada. Por su propio bien, confió en que nadie los soltara.
—¿Qué hace usted aquí? —interrogó la áspera voz del hombre del rifle—. Está prohibido pisar esta hacienda, ¿no leyó el indicador? Podría haberle agujereado el cráneo impunemente, amigo... Eh, ¿qué es lo que lleva ahí? Si parece...
—Es un perro. Lo encontré en el viejo cementerio. Lo degollaron. Trae un nombre en su collar: el de esta casa. Por eso vine para entregarlo.
—¡Si es «Pinky»! —bramó el hombre, sobresaltado, mirando al perro ensangrentado con ojos de estupor—, ¡El perro de la señora!
—Sin duda tienen a algún sádico enemigo de animales por aquí cerca, amigo —dijo Sewell con acritud—. Al pobre animal le mataron cruelmente. Vea su cuello...
—Sígame —ordenó abruptamente el otro, asestando el rifle sobre su pecho—. Le llevaré ante la señora y usted le explicará eso. Pero si es usted quien dañó al pobre «Pinky», no me gustaría estar ahora en su pellejo, amigo.
—Yo no hago daño a pobres perros —replicó Brian con aspereza—. ¿Cree que lo traería a la casa si fuese culpable de una canallada semejante?
—Yo no sé nada —cortó el otro, presionándole ahora los riñones con el cañón del arma, para obligarle a avanzar hacia el interior de la finca—. La señora decidirá. En marcha, y sin intentar trucos.
Brian avanzó, preguntándose si no habría cometido un error trayendo al *setter* a la propiedad. Pero aparte la ira que el sacrificio bestial del pobre perro le había producido, así como el desasosiego de que el criminal hubiera sido capaz de hacer tal cosa y luego arrojar el cadáver sobre la tumba de Abigail, consideró que ésta era una buena oportunidad de establecer relación con Sharon Sotherby, la única de la familia que, según el doctor Mayer junior, residía en Rickinshaw en la actualidad.
Pronto llegaron a un amplio claro situado ante la casa de rojos ladrillos oscuros, aspecto Victoriano y tejado de pizarra con varias chimeneas tradicionales. Un hombre acudía a su encuentro. Iba en mangas de camisa, pero Brian le reconoció de inmediato, a causa de su pantalón gris y, sobre todo, de su rostro de duras facciones y fría mirada hostil.
Era el chófer del Rolls Royce negro que viera el día anterior en el

sendero.
—¿Qué ocurre, Broderick? —preguntó con voz abrupta, dirigiéndose al hombre del rifle—. ¿Qué hace este hombre aquí?
—Le sorprendí dentro de la propiedad —explicó el otro—. Trae el cadáver de «Pinky», el *setter* de la señora. Dice que lo encontró así, degollado, en el viejo cementerio. Y que se lo trae a la señora, señor Baxter.
—¿De veras? —el chófer se acercó lentamente a Brian, mirándole con expresión hosca y cruel—. ¿Y quién le permitió tal cosa? ¿No sabe que está prohibido merodear por aquí?
—No merodeaba. Como le ha dicho este hombre, he traído el cuerpo del pobre perro porque vi que era de esta casa, eso es todo.
—Es lo que usted dice —silabeó el chófer—. Quizá lo mató para meterse aquí, ¿no?
—No diga tonterías —se irritó Brian—. Yo no daño a animales. El que hizo esto es un canalla, un monstruo sin conciencia. Y yo sólo pretendo...
—¡Cállese de una vez, bastardo entrometido! —aulló el chófer.
Y súbitamente, le golpeó con ambos puños en el rostro. Sewell se tambaleó, soltando el cuerpo del perro para defenderse. El otro le clavó un puntapié brutal en las ingles y al doblarse Brian, dominado por el dolor, el chófer le abatió con un demoledor mazazo en la nuca. Viendo girar todo en torno suyo, en medio de una confusa niebla roja, Sewell cayó de bruces. El chófer, implacable, levantó la pierna para volver a patearle, esta vez en el rostro y la cabeza. El hombre del rifle, impávido, contemplaba los acontecimientos, con el arma apoyada en el suelo.

CAPITULO IV

—¡Quieto, Baxter!
La voz sonó lejana en los oídos de Brian, llenos de zumbidos y de palpitaciones dolorosas. Pero al menos, el pie del chófer Baxter se paró en seco, justo cuando su puntera iba a estallar sobre su boca y nariz salvajemente,
—Pero señora, este intruso ha osado entrar en la propiedad, trayendo el cadáver de «Pinky» —argumentó el chófer, volviéndose hacia alguien que venía procedente de la casa de rojos ladrillos y gris tejado de pizarra.
—He dicho que se esté quieto, Baxter —sonó autoritaria la voz femenina—. Apártese de ese hombre. ¿Cómo ha muerto «Pinky»?
—Degollado, señora —terció el hombre del rifle—. Lo traía él en sus brazos...
—En ese caso, demostraría ser un imbécil, si matase a mi perro y lo trajera hasta aquí personalmente —fue la conclusión de la voz de mujer. Y una figura alta, enlutada, sobria y elegante, apareció ante los ojos turbios de Brian Sewell, acercándose a él, pero dirigiendo una penosa mirada al cuerpo del *setter*—. Pobrecillo... Entiérrelo, Broderick.
—Sí, señora —asintió el del arma de fuego, echándose ésta al hombro y recogiendo al animal en sus brazos. Lo examinó de cerca y pareció impresionado—. Dios mío, pobre «Pinky». El salvaje que lo hizo, casi lo decapitó.
—Ya basta. No quiero oír detalles —ella se irguió, pálida y fría—. «Pinky» está muerto, eso es lo único que cuenta. Era un perro fiel y cariñoso. Me gustaría saber quién lo hizo.
—Tuvo que ser él, señora —dijo Baxter, señalando a Sewell —. Es un forastero entrometido. Dios sabe a qué vendrá por aquí...
—No siga, Baxter. Ya sabe que no me gusta repetir mis órdenes. Retírese usted también. Quiero hablar a solas con ese hombre.
—Puede ser peligroso, señora. No sabemos quién es ni lo que...
—Baxter, eso es asunto mío —le cortó ella, glacial—. He dado una orden. Y me gusta ser obedecida.
—Sí, señora —de mala gana, tras una mirada de ira al caído, el chófer se alejó hacia la casa.
Sharon Sotherby se acercó a Sewell. No se inclinó ni trató de ayudarle. Brian se incorporó lentamente. Le dolían las ingles y la nuca, y notaba el salobre sabor de la sangre en la boca. Aparte eso y unos zumbidos en sus sienes, se sentía relativamente bien. Logró sentarse en la gravilla del claro, mirando a la dama.

Sharon Sotherby representaba unos cuarenta años. Era alta, esbelta, vestía totalmente de oscuro, aunque no de negro, sino de tonos grises bastante intensos. Tenía cabello rubio oscuro, nariz recta y boca de labios delgados y prietos. Pálida de piel, aún lo parecía más a causa del impacto emocional que suponía la muerte de su perro, aunque ella se supiera dominar a la perfección. A Brian no le recordó en nada el rostro de Abigail.

—Gracias, señora —murmuró Brian, frotándose la nuca dolorida—. Si no es por usted, esa bestia me mata.

—Esa bestia es mi chófer —replicó ella, incisiva—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Brian Sewell. Encontré el cuerpo del pobre «Pinky» tendido sobre una lápida, en el viejo cementerio de la abadía. Alguien le había degollado.

—¿Sobre una lápida? —se estremeció ella, mirándole con sus profundos ojos pardos, inquisitiva.

—Sí, señora. Sobre la lápida de Abigail —detalló Brian, estudiándola.

La dama pareció conmoverse por algo. La vio apretar los labios con más fuerza, morder el inferior. Pestañeó, y sus ojos parecieron repentinamente húmedos, aunque no lloró.

—Abigail... —repitió con voz sorda. Le contempló, enarcando sus finas cejas—. ¿Qué sabe usted de Abigail? ¿No es un forastero?

—En efecto, señora.

—¿De qué conoce el nombre de Abigail?

—Está escrito sobre la lápida, con un raro epitafio.

—Eso lo sé muy bien —le estudió, recelosa—, Pero usted mencionó de un modo especial ese nombre. ¿Sabe quién era ella?

—Una Sotherby. También usted lo es. Vi su nombre en el collar del perro muerto. Por eso lo traje aquí, señora.

—Ella... era mi hija —dijo lentamente Sharon Sotherby.

Sewell pestañeó. No había esperado eso. El joven doctor Mayer no había aludido a la dama de Sotherby Manor como la madre de Abigail.

—Lo siento —dijo él—. No lo sabía. Creí que era sólo una parienta lejana...

—Ya ve que no —observó ella cómo Brian se ponía en pie, algo vacilante, y se apoyaba en un árbol inmediato—. ¿Se encuentra bien?

—No del todo. Su chófer pega duro.

—Es bastante violento, sí. Pero muy fiel. Por eso lo tengo a mi servicio. Habitualmente, no nos gusta ver a nadie en esta propiedad. ¿Sólo vino por el perro?

—No, no sólo por eso —suspiró Sewell, soltándose del árbol con cierta firmeza recuperada. Dio unos pasos hacia ella —. Me trajo algo más, señora.

—Lo imaginaba —suspiró la dama—. ¿Quiere venir conmigo?

Charlaremos allí dentro, en la casa. Puede que un oporto o un jerez le logren reanimar un poco...
—Es posible, señora. Se lo agradezco de veras —sacudió la cabeza—. Le doy mi palabra de que no pretendo ser molesto ni inoportuno.
—Le creo. Pero algo me hace sospechar que viene a hablarme de un tema en especial: mi hija Abigail, ¿no es cierto? usted no cree que ella muriese de tumor cerebral, ¿verdad, señor Sewell?
***
Estaban sentados el uno frente al otro, en un gabinete acogedor amueblado al viejo estilo Victoriano, con el grisáceo feo y torvo de la tarde iluminando débilmente la estancia, a través de los balcones velados por visillos tenues y pulcros. Ante ellos, dos copas de oporto y una bandeja con pastas secas que ninguno había probado.
—¿Por qué supo que hablaría de su hija... y de su muerte?
Ella no contestó en seguida. Estaba saboreando su oporto con lentitud. Luego depositó la copa de fino cristal junto a la bandeja de pastas, y se expresó sin prisas, como eligiendo las palabras cuidadosamente:
—Porque es algo que me ha torturado durante todos estos años, señor Sewell. Sabía que alguna vez, alguien investigaría el trágico y doloroso fin de mi hija. Al parecer, ese alguien es usted. Lo sospeché ayer, al cruzarme con usted y verle venir de ese viejo cementerio...
—Un viejo cementerio al que, ciertamente, no se aproxima demasiada gente para cuidar de sus tumbas. Ni para trasladar a los difuntos que allí moran aún. Ni tan siquiera para rezar ante una tumba que conserva los restos de una adolescente, casi una niña...
—¿Es un reproche, señor Sewell? —ella le miró fijamente.
Brian se encogió de hombros, indolente.
—No. ¿Por qué habría de serlo? Soy un extraño, un forastero. ¿Por qué habría yo de censurar nada a nadie?
—Pero le sorprende que yo, su madre, no visite esa tumba, ¿verdad?
—En cierto modo, sí. Por lo que he visto hasta ahora, solamente un sádico asesino de animales se acordó de esa lápida, para tirar el cadáver de un pobre perro degollado.
—«Pinky»... —resopló ella, bajando sus párpados y manteniéndolos así un momento, en tanto sus dedos se blanqueaban en los nudillos, al apretar su falda gris oscura sobre el regazo—. Pobrecillo. Era un buen perro. Nunca hizo daño a nadie. Yo le amaba...
—No lo demostró mucho.
—No me gusta demostrar mis emociones, señor Sewell
—Ya veo. ¿Tampoco las demostró con su hija en todos estos años?
—Tampoco. Ella, en realidad, era sólo mi hijastra. Pero eso no significa nada. Yo la amaba. Eric, su padre, la tuvo de otra mujer. Esta murió. Yo le adopté cuando él le dio su apellido. Fue una Sotherby a todos los efectos, aun contra la opinión de Peter, su otro hijo. Pero

Peter también murió, y yo me he quedado sola, señor Sewell.
—¿Murió antes o después que Abigail?
—Después, naturalmente. Le encantaba correr en automóvil. Participaba en carreras y competiciones. Se mató en una de ellas, en la Isla de Mann. Vivo sola desde entonces en esta casa.
—¿Y la casa del pueblo? La que ahora arrienda un gestor inmobiliario...
—Ya no es nuestra. La vendí a una inmobiliaria de Manchester, que la arrienda. No hay nadie que quiera ocuparla, al parecer. Y eso que es hermosa...
—Lo sé. La vi anoche.
—¿Anoche? —ella le miró con un parpadeo—. ¿Qué quiere decir?
—La visité en compañía del policía Waggins —sonrió Brian duramente.
—¿Con el policía? ¿Por qué? —se alteró la dama.
—Alguien arrojó desde una ventana del salón de la segunda planta una estatua de piedra representando a un caballero sajón de la Edad Media, con soporte de mármol. Cayó justo a mi lado. Si no intuyo su caída, me hubiera aplastado.
—Dios mío... ella se incorporó, agitada. Derribó la copa de oporto, que se rompió en dos por su base, al golpear el mueble. Miró a su visitante, sin parecer importarle la pérdida de tan bella pieza de cristal —. ¿Eso ocurrió?
—Sí, señora. Alguien intentó matarme, es obvio.
—Señor Sewell, por el amor de Dios, ¿quién es usted, exactamente?
—Un simple investigador comercial contratado por alguien para investigar el fin de su hijastra Abigail.
—¿Por quién?
—No puedo decírselo. No sólo por ética profesional, sino porque mi cliente guarda el anonimato celosamente.
—Cielos, es lo que me temía... Aquella muerte... no podía ser olvidada.
—¿Por qué, señora Sotherby? Si fue un tumor cerebral, como certificó el doctor Mayer...
—Tal vez sí fue un tumor cerebral. El doctor Mayer parecía honesto al certificarlo así. Pero yo me pregunto si...
—Si... ¿qué?
—Si hubiera sido posible que alguien... *provocase* ese tumor de alguna forma. Dicen que hay medios sofisticados de inocular a un ser humano un mal incurable, incluso un tejido cancerígeno...
—Quizá se pueda hacer. Pero es difícil y no está al alcance de todo el mundo... Además, ¿quién saldría beneficiado con la muerte de su hijastra, señora Sotherby?
—Mi hijo Peter. Y al morir éste, yo misma —ella le miró con

amargura—. No resulta muy revelador, ¿verdad?
—No mucho. Pero entonces, ¿por qué pensar en un asesinato, por qué imaginar que su muerte no fue puramente natural?
—No lo sé. Pero siempre tuve esa sospecha. Además, está lo que Abigail dijo antes de morir…
—¿Ella dijo algo? —se sobresaltó Sewell, mirando a la dama con renovado interés.
—Más que eso: lo dejó escrito. Va a leerlo, señor Sewell. Y eso es algo que no todo el mundo ha podido hacer, se lo aseguro…
Fue a un mueble-librería, que ocupaba la totalidad de uno de los muros de la estancia. Apartó varios volúmenes de una estantería. Extrajo una pequeña caja metálica que llevó a la mesa. Parecía un joyero. De una cadena colgada de su cuello, tomó una llavecita con la que abrió aquella caja. Alzó la tapa. Rebuscó entre papeles y documentos allí apilados cuidadosamente. Un leve vaho a perfume femenino, denso y aromático, hirió el olfato de Brian Sewell. Era un fuerte olor a jazmines, pensó.
—Tome. Léalo —dijo sordamente, tendiéndole un papel doblado, de color amarillento, cuyas hojas crujieron en sus dedos cuando él lo tomó con delicadeza, empezando a desplegarlo.
Estaba lleno de una prieta letra, menuda y cuidadosamente caligrafiada. Empezó a leer, asombrado a la claridad gris de la tarde, que ella procuró incrementar dando luz a una lámpara de pie con pantalla rosada.
«Queridos todos:
»No me importa morir. Sé que el final está cerca. Lo presiento. Sabéis que puedo intuir y hasta casi «ver» la presencia de la Muerte. No estoy asustada. Morir no será quizá tan malo como dicen. Especialmente, si hay algo, más allá de la Muerte. Algo que nos permite vivir eternamente.
»Cuando yo no esté ya aquí, con vosotros, tratad de olvidarme y no pensar en mí. No valdrá la pena. Sé que allí donde voy, seré feliz. Vosotros no creéis en esas cosas. Yo sí. Sé que me espera una vida mejor e infinitamente más prolongada que todo lo imaginable por vuestras mentes estrechas y faltas de fe en lo que hay más allá de la tumba.
»También sé que esta muerte mía no va a ser casual, ni enteramente natural, como pretenden todos. Estoy enferma, lo sé. Mortalmente enferma. Pero hay más. Algo más, detrás de todo eso. Algo que ningún médico podría ver, y menos en esta pequeña, absurda e ignorante comunidad.
»Es igual. No investiguéis nada. No dejéis leer esta despedida mía a nadie. Será lo mejor, creedme. Después de todo, nadie me entendería. No deseo que me entiendan. ¿Para qué? Eso no iba a cambiar nada. Y

vosotros, los vivos, me provocáis tanto desprecio, tanta pena...
»Adiós a todos. Mañana, posiblemente, esté muerta. Si es así, hacedme caso. No recéis
por mi. Tampoco valdría la pena.
«Vuestra por la eternidad:
» Abigail»
Brian Sewell tragó saliva. Miró al pie del escrito, la fecha de aquel extraño mensaje escrito minuciosamente por una adolescente ante las puertas de la muerte.
—Dieciocho de noviembre de 1952... —leyó con estupor—. Justamente *el día antes* de su muerte...
—Sí —dijo roncamente la dama—. Así es. Por favor, señor Sewell. ¿Quiere ahora mirar en el reverso de ese escrito? Ello, tal vez, la explique por qué no he vuelto a ese cementerio de la abadía desde hace años... No quiero que me considere una mala madre, porque tal fui con Abigail en vida, y no una vulgar madrastra. Lea, lea, por favor...
Brian Sewell giró la hoja, sin comentar nada. Leyó, atónito, en la misma letra del texto firmado por Abigail, aquella especie de alucinante post-data que daba una nueva y terrorífica dimensión al asunto de la muerte de aquella joven, veinte años atrás...
«Os ruego hagáis inscribir este epitafio en mi tumba. Es el último favor que os pediré en esta vida.
»E1 texto es éste:
»Rezad por Abigail. Rezad, malditos bastardos. Rezad por ella, si aún la recordáis. Rezad por ella, si nada hicisteis en su favor.
»Rezad por ella, y que Dios no os lo premie ni os escuche.
»Gracias. Sé que haréis grabar esto en mi lápida. Es mi último deseo. Y, por favor, que nadie venga a visitar mi tumba. Que nadie rece por mí, si realmente me amó.
«Después de todo, los que no podemos morir, siempre volvemos para vengarnos de aquellos que no nos amaron en vida.»
—Dios mío... —murmuró Sewell, devolviendo el extraño escrito a la madrastra de Abigail—. De modo que ella... ella misma escribió su epitafio...
—Así es —suspiró ella, guardando el documento de nuevo en su caja —. Y, lo que es peor, señor Sewell: Abigail, cuando se refería a una vida más prolongada, virtualmente eterna, más allá de esta vida, no estaba refiriéndose precisamente a la inmortalidad de su alma, sino a algo muy diferente...
Brian miró a su anfitriona con cierto oculto temor a algo que estaba intuyendo ya desde que leyera el misterioso documento de la difunta joven.
—¿A qué se refería, entonces? —indagó con voz ronca.

Sharon Sotherby se encogió de hombros con infinita tristeza. Fue hasta el balcón y clavó sus ojos en el oscuro exterior, en el vasto jardín cubierto por un cielo nublado y hosco. Habló sin volverse, sin mirarle siquiera:

—Ella se refería a... a los que-no-pueden-morir. A los muertos-sin-descanso... ¿entiende? En suma: *a los vampiros*... Sí, señor Sewell. Abigail, hoy en día es... *es un vampiro.*

Centelleó un relámpago en el exterior. El trueno hizo temblar los muros de la casa.

CAPITULO V

Llovía torrencialmente.

El taxista de Rickinshaw tuvo razón. La lluvia se desencadenaba en aquella región súbita y violentamente. Era como si las puertas del cielo se hubiesen abierto para vomitar sobre aquella tierra auténticos aludes de agua tumultuosa. Los relámpagos y truenos, acompañando al temporal, ponían su nota impresionante en el espectáculo.

Brian Sewell tuvo que agradecerle siempre al taxista que se dedicara a recorrer el camino entre el pueblo y la abadía, presintiendo que su viajero había quedado aislado en medio del campo a causa de la tormenta.

Así, apenas abandonada la mansión de los Sotherby, empapado de agua y maldiciendo su decisión de despedir al taxi, vio, venir los faros del vehículo, brillando en la sombra de la tarde borrascosa, como dos faros salvadores en un océano tempestuoso.

Subió al vehículo, y apenas llegado a Rickinshaw, premió al buen hombre con una excelente propina, que éste se negó en principio a aceptar, alegando que era obligación de un buen profesional velar por su clientela.

—Al menos, le compensará de la gasolina consumida en ir y venir, y del tiempo perdido en todo ello —logró al fin persuadirle Brian con esas palabras—. Y aun así, nunca le habré pagado adecuadamente su gran favor, amigo.

Todavía empapado, entró en el hotel y se cambió de ropas tras una ducha tibia y reparadora. Sintiéndose mucho mejor, bajó al bar, pidiendo un oporto. Aún no se lo habían servido cuando una mano firme y pesada se puso en su hombro.

—Buenas tardes, señor Sewell —saludó una voz potente—, ¿Todo va bien?

Se volvió. El hombretón fornido, de uniforme negro y gorra de plato, le sonreía con amplitud, cordialmente, desde su rostro rubicundo, de rojas mejillas y abultada nariz. Los azules ojos del constable Hopkins, la Ley en Rickinshaw, brillaban amistosos y cordiales, incluso por debajo de la capucha de plástico de su impermeable chorreando agua.

—No del todo aún —declaró Brian—. Di un paseo esta tarde y me

sorprendió la tormenta. Tuve qué cambiarme de ropa por completo.
—Sí, los temporales aquí acostumbran a ser demasiado violentos —Hopkins se sentó a su lado y pidió un té caliente, añadiendo—: No acostumbro a beber en mis horas de servicio, señor Sewell. Es una medida prudente para quien le gusta tanto como a mí el buen whisky y la mejor cerveza, créame. ¿Dice que estuvo de paseo?
—Sí. Llegué hasta el viejo cementerio de la abadía.
—Oh, entiendo. ¿Otra visita a la tumba de esa jovencita muerta hace años?
—Así es. Pero esta vez, alguien había degollado a un perro de la señora Sotherby, un *setter* llamado «Pinky», dejándole desangrar sobre la lápida de la tumba.
—Cielos... —la mandíbula de Hopkins cayó, pareciendo colgar de puro milagro al final de su rostro—. ¿Eso ocurrió? ¿Dónde está el perro ahora?
—Se lo entregué a la señora Sotherby.
—¿A Sharon Sotherby? —pestañeó el constable—. ¿Le dejaron llegar a ella?
—A su modo. Primero, un tal Baxter me pegó una buena paliza, y un tipo llamado Broderick, casi me vuela la cabeza de un disparo.
—El maldito Neil Baxter... Es un indeseable —gruñó Hopkins—. ¿Quiere presentar alguna denuncia contra él?
—No, no. Prefiero volver a verle cara a cara en otra ocasión en que un compinche suyo no esté cerca, amenazándome con un arma de fuego.
—Allá usted —suspiró Hopkins—. ¿Ha descubierto algo nuevo?
—Sí, constable. Algo nuevo y difícil de creer.
—¿Qué es ello? —se intrigó el policía, arrugando el ceño.
—Dígame una cosa antes de nada, Hopkins: ¿ha habido alguna muerte en este lugar, de un tiempo a esta parte, en que hubiera... digamos derramamiento de sangre, hemorragia difícil de explicar o cosa parecida?
—Diablo —el constable local le miró perplejo—. ¿Por qué pregunta eso?
—Tengo motivos para hacerlo. Dígame si estoy en lo cierto, por favor.
—Pues... sí. En cierto modo sí, —se rascó los cabellos, bajo su gorra, tras haberse bajado la empapada caperuza—. Ha habido muertes con esas particularidades que usted cita.
—¿Muertes... *humanas?* —puntualizó suavemente Sewell, la mirada perdida en la calle y en la lluvia, a través de las vidrieras del bar, a espaldas del constable.
—Algunas. La mayoría, fueron animales. Hemos estado persiguiendo durante varios meses a un presunto lobo que pudiera estar atacando a animales domésticos como perros, gatos, gallinas e incluso alguna que otra ternera. No se podía atribuir a otra causa el hallazgo de esos

animales, medio desangrados, en un charco de sangre, con la garganta destrozada, al parecer por unos agudos colmillos.
—Colmillos... —se estremeció Brian, recordando las heridas en el cuello del *setter* muerto—. Siga, Hopkins, por favor. ¿También hubo personas víctimas de ese agresor no localizado?
—Sí, también, Pero a qué viene todo esto, Sewell? —se extrañó el policía.
—Se lo diré ahora, aunque no creo que lo acepte como algo razonable. Pero antes, se lo ruego: dígame cómo sucedieron esas muertes y quiénes fueron sus víctimas...
—En todos los casos ocurrió igual. Eran gentes que nadie reclamaba: un vagabundo sin identificar, un merodeador buscado por nosotros, un forastero indocumentado, un solitario pastor y ermitaño, que vivía en las colinas, más allá de las ruinas de la vieja abadía...
—¿Todos muertos?
—Todos, sí. Pero muy espaciadamente, la verdad. El caso data de hace más de diez, que yo sepa. Siempre se pensó en animales agresivos, como lobos o perros silvestres. En ninguno de los casos existió afán de lucro, señales de intervención humana, o cosa parecida... Por eso le insisto, Sewell. ¿Por qué me ha preguntado sobre esas muertes?
—Se lo diré, constable. Pero no va a creerme —resopló Brian con amargura—. Tengo la sospecha de que posiblemente exista un vampiro en esta región. Un ser que volvió de la tumba y se nutre de sangre humana...
El policía le contempló estupefacto, como si Brian se hubiese vuelto loco de repente.
—Dios mío —jadeó—. ¿Usted *también* piensa como el reverendo Grant? ¿Usted, como él, cree que existe un vampiro en Rickinshaw, uno de esos seres *no-muertos* que vuelven de la tumba para alimentarse de sangre caliente?
***
Eran las cinco y diez minutos. Brian tenía el tiempo justo para hablar con el reverendo, antes de ir al encuentro de la enfermera Harris, en el salón de té de Nelly.
Y allí estaba ahora. En la capilla de Rickinshaw, viendo venir hacia él la figura alta y
esbelta del sacerdote, con su negro *clergy-man* que aún le hacía parecer más delgado y con mayor estatura. Cuando le dio la luz en el rostro, comprobó que era un hombre de mediana edad, cabellos canosos muy limpios y bien cuidados, rostro afable y rasurado, y lentes sobre su delgada nariz.
—¿Desea algo, señor? —le preguntó, parándose ante el joven investigador, a la puerta de la capilla.
—Sí, reverendo Grant —afirmó Brian—. Deseo hablar con usted...

sobre vampiros.
Una luz de astucia y de inteligencia brilló en el fondo de las pupilas claras del sacerdote. Con un gesto cortés, le invitó:
—Pase, por favor. Estaremos mejor en mi despacho, si no ha venido a orar en la capilla, señor...
—Sewell. Brian Sewell de Londres —se presentó Brian—. El constable Hopkins me habló de usted, reverendo. Y me dijo que tenía una cierta idea al respecto...
—No será usted uno de esos periodistas en busca de sensacionalismos., O un escritor de relatos macabros y de mal gusto, señor Sewell... —dudó el reverendo Grant, invitándole a sentarse en un pequeño y sobrio despacho, situado al fondo de la capilla.
—En absoluto —rechazó Brian con una sonrisa—. Soy investigador privado. Trabajo para un cliente que tiene interés en la muerte de una persona, acaecida aquí hace ya veinte años.
—Hace veinte años, no era yo, sino el reverendo Colman, el encargado de la capilla. El murió hace ya cuatro años. ¿De veras cree que puedo ayudarle?
—Depende de lo que usted piense sobre... los vampiros —suspiró Brian.
El reverendo le contempló fijamente, con interés ostensible. Pero su rostro amistoso permanecía inexpresivo.
—¿Qué piensa *usted,* exactamente? —contraatacó el religioso, cauto.
—Hasta ahora, nada en absoluto. Pensaba que eran cosas literarias y de cine de terror, simplemente.
—¿Qué le ha hecho cambiar de idea?
—Un perro asesinado, sobre una tumba. Y una vieja carta escrita por una adolescente, casi una niña, que murió de tumor cerebral hace veinte años: Abigal Sotherby.
—Abigail... —repitió perplejo el reverendo, entrelazando sus dedos de ambas manos sobre la mesa—. Es curioso...
—¿Qué es lo curioso, reverendo?
—Se lo diré luego, señor Sewell. ¿Por qué relaciona a esa joven con los vampiros?
—Por el cadáver del perro desangrado. Por unas palabras que ella dejó escritas antes de morir, que hablan de una vida eterna, más allá de la muerte.
—Parecen las palabras de una buena cristiana —observó sonriente el sacerdote.
—Pero *no era* ese el sentido de las palabras escritas. Lo intuí en seguida. Luego, su madrastra me contó el resto. Su hijastra creía en el vampirismo. Es más: practicaban ritos extraños, nada religiosos ni cristianos, cuando se hallaba a solas. Invocaba a las fuerzas de las Tinieblas, su madrastra la había escuchado a veces, aterrada. Y apenas

murió ella... varios animales de la familia fueron hallados desangrados, en la casa del pueblo que vendieron a una inmobiliaria. Del mismo modo, ocurrieron cosas a lo largo de estos años en Rickishaw. Animales y personas aislados y solitarios, murieron víctima de extrañas dentelladas, sin sangrar en sus venas, reverendo.
—De esos casos ya he oído hablar, señor Sewell —asintió sombríamente el sacerdote—. Yo mismo tuve un hermoso gato de Angora que me hacía compañía en mi soledad. Una noche lo hallé sin vida en la capilla. Alguien, un monstruo de maldad, le había atado a la campana de
la iglesia, destrozándole luego la garganta y desangrándolo... Era como si el mismo Diablo o uno de sus leales servidores se hubiese atrevido a profanar el templo para cometer tal aberración... —y se persignó, como alejando así toda sombra satánica de aquel lugar y de ellos mismos.
—Dios mío... —Brian se estremeció, moviendo afirmativo la cabeza—. De modo que es cierto. Existe un vampiro en Rickinshaw...
—Al parecer, sí —el reverendo le contempló pensativo—. Pero ¿está seguro de que es Abigail Sotherby? ¿Hay alguna evidencia de que la muchacha... realmente tenga una segunda y horrible existencia, más allá de la muerte?
—Todo parece confirmarlo, al menos.
—¿Usted cree en vampiros, señor Sewell?
—No —negó el joven lentamente—. Nunca he creído en esas cosas. No es que esté sugestionado por nada, reverendo, si pretende sugerirme tal cosa.
—Entonces, le diré algo —el sacerdote se inclinó hacia él, con un suspiro—. En la capilla había más aquel día, cuando encontré a mi gato degollado. ¿Recuerda que le he mencionado antes lo curioso de esa mención suya relativa a una joven llamada Abigail?
—Sí, ciertamente.
—Pues va a saber por qué. Alguien, cerca de mi pobre gato, dejó escrito en el muro de la capilla, con sangre del animal, un nombre sobre las piedras. Ese nombre torpemente trazado con un dedo ensangrentado era... *Abigail*
—Cielos...
—Naturalmente, se borró esa inscripción en su día. Pero yo fotografié la escena, por si alguna vez era necesaria recurrir a ella por alguna razón oficial o legal. Es una fotografía polaroid, instantánea. Véala.
Abrió un cajón de su mesa, rebuscó en él, y tendió a Brian una pequeña foto instantánea en color, hecha con flash, dentro de la capilla. El joven la contempló, fascinado, con una mezcla de horror y sobresalto.
Allí aparecía el infortunado felino, empapado en sangre, con la

cabecita ladeada, sujeto a una gruesa cuerda del campanario, destrozada su garganta como él había visto a la de «Pinky» aquel mismo día, y siendo bien visible el muro del fondo, con las letras ensangrentadas claramente trazadas en el mismo: *Abigail,* decía allí, aunque la letra L final apenas si era ya legible, quizá porque la sangre se agotó para ser utilizada como tinta en tan macabro mensaje.
—Parece su letra —musitó Brian estremeciéndose.
—Perdón, ¿decía usted algo, señor Sewell?
—Sí, reverendo —le devolvió la fotografía con lentitud—. Yo he visto hoy un manuscrito de la propia Abigail Sotherby. Juraría que es la misma letra cursiva. Las mismas letras A redondeadas, la G de trazo brusco, las íes suaves y sin punto...
—¿Está seguro? —el sacerdote le miró profundamente preocupado, con ojos graves.
—Lo estoy. Muchas veces he identificado una firma falsa en un talón bancario, allá en Londres, ejerciendo mi oficio. He aprendido a reconocer la caligrafía de las personas. Podría asegurar ante un tribunal que esa letra... es de Abigail Sotherby.
—Pero Abigail Sotherby, señor Sewell, lleva veinte años muerta.
—¿Los lleva, realmente?—el sacerdote se puso en pie, inquieto, paseando por el despacho—. Ha logrado usted traer la duda a mi alma. Me pregunto si pueden existir criaturas que surjan de la tumba después de muertas... y beban sangre humana o animal para proseguir esa existencia horrenda, diabólica...
—Ya le he dicho, reverendo, que no he creído jamás en el vampirismo. Pero algo está sucediendo aquí. Algo que no tiene una explicación racional ni lógica... Usted tal vez sepa algo más de estas cuestiones y pueda convencerme de que ninguna criatura, viva o muerta, puede llegar a ser tan perversa, tan endemoniada como para gozar con esos sacrificios sangrientos y alimentarse de sangre caliente.
—Mi querido señor Sewell, yo no soy un experto en vampirismo tampoco —murmuró cansadamente el sacerdote—, Pero he llegado a pensar, antes que usted, en esa posibilidad, y así se lo manifesté en algunas ocasiones al constable Hopkins. Sí, admito que he sospechado la existencia de vampiros en este lugar. Porque lo que sí sé como siervo del Señor, es que el Enemigo, el Adversario, puede adoptar cualquier forma o aspecto de horror para combatir a quienes creen y aman a Dios, Y los vampiros, después de todo, ¿qué son, sino seres infernales, cuya alma posee Satán?
***
Ya eran las cinco y treinta y ocho minutos.
Brian Sewell tomó otro sorbo de té, mirando a través de las vidrieras a la consulta del doctor Mayer. A las cinco y media, en punto, el doctor había abandonado la consulta. Cosa de un minuto más tarde, la

enfermera Harris había asomado por la ventana, haciéndole una disimulada seña desde detrás de los cristales, y desapareciendo luego, mientras desabotonaba su bata blanca.
De eso hacía ya siete minutos. Esperó un poco más. Las mujeres eran así. Siempre hacen esperar, sobre todo si es a un hombre. Quizá ahora estaba retocando su peinado, su maquillaje y todo eso. Había que tener paciencia con ellas.
A las seis menos cinco minutos, Brian empezó a sentirse realmente impaciente. La camarera de Nelly's, el coquetón y provinciano saloncito de té, atendía a otras mesas, pero casi toda la clientela era femenina, y notaba las miradas irónicas fijas en él, como burlándose, del plantón que estaba recibiendo por parte de alguna chica.
Justamente a las seis y cinco, resolvió que ya era demasiado tarde para seguir aguardando. Fue a la cabina telefónica y pidió el número de la consulta del doctor Mayer a la centralita local. Le pusieron en seguida. El teléfono sonó repetidamente, pero nadie tomó el aparato para responder.
Brian salió de la cabina con el ceño fruncido. Dirigió una ojeada a la calle, por si había coincidido su llamada con la salida de la enfermera Harris de su trabajo, en dirección al salón de té. No la vio por parte alguna.
Decidido, dejó el importe de su consumición en la mesa y cruzó la sala, saliendo a la calle entre discretas risitas de algunas jóvenes y solteronas reunidas en el establecimiento.
Cruzó la calle. Llegó ante la consulta del doctor. Aunque cerrada a las cinco y media, la puerta estaba abierta, sin duda para que la cerrase la enfermera al salir.
Resolvió subir a su encuentro aunque a ella le disgustara. Era demasiada espera, y además no había querido atender el teléfono, quizá para no dar a entender a quien llamaba que ella continuaba allí.
Subió la escalera del consultorio resueltamente y se detuvo ante la puerta del mismo, en la primera planta. Estaba solamente entreabierta, aunque con el cartelito de «CERRADO».
Empujó levemente la blanca puerta esmaltada. Llamó, suave:
—¡Enfermera Harris! ¡Enfermera! —esperó, sin hallar respuesta. Añadió, entrando con decisión—: Soy yo, Brian Sewell. Vamos, preciosa, ¿a cuándo esperas? Me cansé de esperarte allí y he preferido...
Se paró en seco. Desorbitó sus ojos, fijos en la enfermera Harris, con repentino y profundo horror.
—¡Oh, no! —jadeó. Y apenas reconoció el timbre de su propia voz.
Allí estaba la hermosa enfermera de figura atractiva. Semidesnuda, la bata caída en el suelo, solamente con un sujetador y un slip en su cuerpo turgente, de generosos senos y espléndidos muslos.

Yacía boca arriba, en el sofá de la sala de espera de la consulta médica. La sangre había corrido por la canal de sus pechos, empapando el sujetador, para verterse luego por estómago y abdomen, hasta mojar igualmente sus braguitas translúcidas, y dejar dos regueros en las piernas.
El cuello era un horrendo destrozo, como si las dentelladas voraces de un animal sediento de sangre la hubiese atacado mortalmente. Había mucha sangre, pero para ser un cadáver desangrado, Brian calculó que faltaban, al menos, dos terceras partes de su sangre en el dantesco espectáculo que estaba presenciando.

CAPITULO VI

Un pesado silencio siguió al tecleo de la máquina de escribir. Con un suspiro, el constable Hopkins tendió a Brian la hoja mecanografiada.
—Léalo, por favor —pidió cansadamente—. Luego, firme abajo. Simple rutina, comprenda. Tengo que darle al juez su declaración, como testigo principal de los hechos.
Brian asintió, firmando al pie del papel, tras leer su declaración oficial. Luego, guardó su bolígrafo y contempló a Hopkins pensativo, Waggins, en otra mesa, ordenaba unos papeles relacionados con anteriores casos de ataque a otras víctimas.
—¿Qué se puede hacer ahora, constable? —preguntó.
—Usted, nada. Es asunto nuestro —murmuró Hopkins con desaliento —. Por vez primera, una persona de nuestra comunidad, alguien a quien todos conocíamos día a día, ha sido víctima de ese loco, vampiro o lo que sea. Priscilla Harris era una buena chica. Algo frívola, pero buena. No comprendo que nadie deseara causarle daño. Y sin embargo...
—Sin embargo, alguien destrozó su garganta con algo desgarrador, posiblemente colmillos o zarpas, tal vez nunca lo sepamos.
—El doctor Monroe es el forense local. El nos dirá cuanto sea posible, tras la autopsia. Pero es evidente que la infortunada joven murió víctima de ese degollamiento. El doctor Mayer no es sospechoso, porque usted mismo le vio salir del edificio antes de morir ella totalmente desangrada..
—¿Y dónde está la sangre? En el escenario del crimen apenas había una tercera parte, constable.
—Eso es cierto —sacudió la cabeza, preocupado—. Igual que en casos anteriores. El vampiro, o lo que sea, debe utilizar el resto de sangre que falta. Tal vez sea cierto que la bebe, no sé. Me resisto a creer cosas así, Sewell.
—Yo también. Y el reverendo Grant. Pero hay motivos para pensar que eso es lo que está sucediendo en Rickinshaw.
—¿Cree que la existencia de un vampiro lo explicaría todo?
—No, no todo —admitió Brian—. Sigo pensando en anoche, cuando

intentaron aplastarme una estatua de piedra. Es un acto algo raro para un vampiro tradicional.
—Mire, Sewell, la verdad es que oficialmente no puedo admitir la existencia de un *no-muerto* succionando la sangre a sus víctimas, o me tomarían por loco y me darían de baja en el Cuerpo. Hay que enfocar esto como un caso absolutamente real, con un asesino material y tangible, tan lleno de vida como usted y como yo. Buscar más allá de la tumba, en todo caso, es materia del reverendo Grant. O suya, si se siente usted un doctor Van Helsing. (1).
(1) Como muchos sabrán el doctor Van Helsing es el «cazador de vampiros» de la obra maestra del género, «Drácula», original de Bram Stoker.
—Vaya, constable, veo que al menos es usted un lector de Drácula —comentó con ironía Brian—. Comprendo lo que siente, de todos modos, y no pretendo que los demás piensen como yo. Pero ¿se ha dado cuenta de que la muerte de la enfermera Harris tuvo lugar precisamente cuando iba a salir conmigo, y justo cuando ya había oscurecido?
—Sí. Lo cual nos da dos conclusiones inmediatas: que pudo ser realmente un vampiro,
puesto que aguardó a la oscuridad de la noche para atacar a Priscilla Harris... y que por otro lado, tampoco tenía gran interés en que usted intimara con esa enfermera.
—Eso es lo que quería decir, constable. Es... es como si ese monstruo sanguinario me vigilara, siguiera mis pasos... Como si yo fuese su enemigo.
—Pues mal enemigo se ha buscado usted, amigo mío —sonrió Hopkins, tratando de ser irónico. Se puso en pie y fue a un rincón de la estación de policía—. ¿Quiere un café?
—Sí, gracias. Me sentará bien, supongo. Ha sido un día muy agitado y difícil.
—Amigo Sewell, usted se está metiendo en tremendos problemas desde que llegó a este lugar. Empiezo a preguntarme si no tiene verdadera mala suerte... o es que la busca con sus pesquisas. ¿No va a decirme quién es su cliente y por qué tiene tanto interés en la muerte de Abigail Sotherby?
—No puedo, constable. Aún no sé de él más que sus iniciales. Ni siquiera sé si es alguien de este pueblo, y sí sus iniciales son auténticas o no. Pero me ha pagado mediante un talón en el Banco local. Usted podría investigar por ese lado, sí tiene verdadero interés en saber quién me contrató.
—Me temo que haga falta una orden judicial para que el Banco revele ese secreto a la policía. Y el juez necesitaría motivos muy concretos y sólidos para darme tal orden. De momento, a fin de cuentas, su cliente

no ha cometido nada delictivo. Ni usted tampoco. Pero cuidado. Es posible que su vida peligre, Sewell, sobre todo si, como parece, el asesino, sea vampiro o no, anda tan cerca de sus pasos.
—Ya he pensado en ello —Brian tomó un sorbo de café caliente que le tendía el policía en un vaso encerado. Le agradezco el consejo, pero si no me prohíbe usted seguir adelante, creo que continuaré mi trabajo.
—No puedo prohibírselo, porque no ha quebrantado ninguna ley por ahora —Hopkins se frotó el mentón—. Me gustaría hacerlo, e incluso poder echarle de aquí, para que no corriese peligros. Pero usted sabe que no tengo motivos pasa eso. Lo que no quisiera es tener que encontrarme un día con otro cadáver ensangrentado… y que esta vez fuese el suyo, Sewell.
—Gracias por sus buenos deseos —sonrió Brian, vaciando el vaso de café y emprendiendo la marcha hacia la salida de la estación policial —. Lo cierto es que no debí aceptar este asunto por nada del mundo, y haber continuado en Londres con mis habituales diligencias comerciales. Pero ahora ya estoy metido en ello hasta el cuello, y deseo saber adónde me conduce el endiablado misterio de Abigail Sotherby.
—Como quiera, Sewell —suspiró Hopkins, encogiéndose de hombros —. No dirá que no le avisé. Pero parece preocuparle demasiado este caso. O, cuando menos, una persona muerta hace veinte años.
Sewell no respondió nada. Caminó hasta la puerta. Iba a salir a la calle, cuando Hopkins le lanzó unas palabras aparentemente triviales, que tuvieron la virtud de pararle en seco, con un repentino escalofrío.
—Cualquiera diría, amigo mío, que está usted enamorado de la muerte… de Abigail Sotherby.
El escalofrío recorrió su espina dorsal y casi le hirió con una helada punzada en el cerebro. Se quedó rígido, parado en la salida de la estación de policía local.
Una mezcla de horror y de morbosa complacencia le asaltó de súbito. Por vez primera, quizá, alguien ponía el dedo en una llaga invisible que le estaba inquietando desde hacía horas.
—Quizá, constable Hopkins —dijo al fin roncamente—. Quizá sea así, sin que yo mismo me hubiera dado cuenta de ello…
Y cerró tras de sí la puerta vidriera, encontrando la calle fría y húmeda como una tumba, pese a que había dejado de llover mucho antes, y hasta asomaban algunas estrellas entre jirones de nubarrones grises en retirada.
***
Apuró el segundo scotch y se sintió mejor. Pagó y abandonó La Espada y el Yelmo. Cruzó la calle, notando el calorcillo del buen whisky en sus venas. Sus ojos se fijaron en el muro de ladrillos y las ventanas bordeadas de blanco.

La casa de los Sotherby en otro tiempo. Ahora, una tal Inmobiliaria Prentiss, de Manchester, la tenía en arrendamiento o venta. Desde allí, alguien le había arrojado la noche antes una pesada pieza de piedra con intención de aplastarle. Se detuvo en la acera. Miró a la fachada, oscura y silenciosa. Se encogió de hombros y echó a andar de nuevo. Había tantas cosas que aún no comprendía.

De súbito, volvió a pararse en seco, como si echara repentinas raíces en el asfalto mojado. Se preguntó si había visto bien o solamente un simple reflejo de luz callejera, reverberando en un cristal. Clavó sus ojos en la fachada. No. No había visto mal. No era un reflejo. Una de las ventanas se había iluminado de súbito. Una sombra se recortó fugazmente ante ella, pasando por el rectángulo de luz. Luego, esa luz se apagó.

Brian notó que sus manos temblaban. Y no de frío o de miedo. Estaba excitado, en tensión. Había alguien en la casa deshabitada. Y había visto luz. Luz eléctrica, donde la noche antes no la había.

Regresó sobre sus pasos. Miró la puerta cerrada, los escalones de piedra que daban acceso a ella. Obró por puro instinto. Subió los escalones, esta vez no utilizó el llamador. Apoyó su mano en la recia madera de la puerta.

Casi no se sorprendió cuando ésta cedió lentamente, con chirrido de bisagras. Tragó saliva. Era muy arriesgado seguir adelante. Desde aquella misma casa, alguien había intentado asesinarle. Meterse allí era como ir recto a la boca del lobo. Y, sin *embargo, no podía hacer otra cosa. Sabía que no* hubiese podido volverse atrás en ese momento, aun teniendo la garantía absoluta de que si cruzaba aquel umbral nunca más volvería a la vida. Algo fascinante, desconocido y obsesivo, parecía seducirle, atraerle hacia la oscuridad tenebrosa de la casa sin habitantes...

Entró en el edificio. Recordaba vagamente cada detalle de su mobiliario y distribución, por su visita con el policía Waggins la noche anterior. Avanzó tanteando, en el vestíbulo en

tinieblas. No tropezó con mueble alguno. Vislumbró al fondo la escalera que daba acceso a las dos plantas superiores. Un reflejo de luz de la calle, llegaba a través de unas vidrieras situadas en lo alto. Se guió por esa leve claridad. Comenzó a subir la escalera. Había visto luz en la segunda planta. Hacia allí se dirigió.

Estaba a mitad de la escalera cuando el piano comenzó a sonar.

Se paró bruscamente, sintiendo palpitar su corazón con violencia. Las sienes también le

zumbaban, mezclando esos sonidos con el teclear suave del piano.

La música venía de arriba. Recordó que había un piano entre los muebles de la habitación siniestra, la de la gran chimenea, el retrato de Abigail, las panoplias y la armadura... y también, naturalmente, la

estatua que le fue arrojada la noche antes.
Reconoció aquellas notas suaves, tranquilas, serenas: «Claro de Luna» de Debussy. Siguió subiendo, mientras la música del piano se extendía por toda la casa en silencio, como algo mágico e inmaterial, llegado de otra dimensión.
Cuando estuvo en la segunda planta, avanzó despacio, muy despacio. Una raya de luz escapaba por debajo de una puerta. La puerta de la habitación aquella… Avanzó paso a paso, muy despacio, hacia esa rendija luminosa que hacía brillar la pelusa de la moqueta del corredor.
Al fin, se detuvo ante la puerta. Vaciló, inseguro. Alargó una mano que temblaba ostensiblemente. Tenía miedo, sí. Miedo a abrir, a ver a la persona que tocaba el piano en la vieja mansión de los Sotherby. Miedo a enfrentarse con una realidad que deseaba conocer y que, a la vez, temía con un pánico irrefrenable y angustioso.
Cuando apoyaba los dedos en el pomo de la puerta, un aroma extraño, profundo y suave a la vez, hirió su olfato. Trató de recordar. Era un olor a jazmines… ¿Dónde lo había percibido antes? ¿Dónde?
Giró el pomo. El piano seguía sonando. Resueltamente, empujó la puerta. En ese momento, como un fogonazo, le vino el recuerdo. Supo dónde había olido el aroma de jazmines.
¡La carta póstuma de Abigail Sotherby despedía ese mismo aroma!
Al abrirse la puerta, la persona sentada al piano se incorporó de un salto. Gritando roncamente, mirándole con ojos dilatados. El piano emitió un áspero golpe de teclado. Una luz eléctrica, a pilas, que reposaba sobre el instrumento musical, se desplomó al suelo, apagándose. Las tinieblas envolvieron la estancia y a la persona que Brian Sewell había visto ante el piano, irguiéndose con sobresalto ante su intrusión.
—¡Dios mío, no! —jadeó Brian—. ¡No es posible!
Pero no podía dudar de sus propios ojos, de lo que acababa de ver.
La pianista era… ¡Abigail Sotherby!
***
Abigail Sotherby.
Tal y como era veinte años atrás. Idéntica al retrato al óleo del salón. Con su juventud, su belleza, su encanto mágico, su mirada entre misteriosa y melancólica…
Abigail Sotherby en persona. Frente a él. Ante el teclado que tocaba poco antes con tal dulzura y sensibilidad.
No, no era posible. Se preguntó si estaba loco.
Y, sin embargo…
Sin embargo, sabía que era dueño de su razón. Que no había visto alucinaciones. Que Abigail existía. Que estaba allí, frente a él, en la casa deshabitada, en plena noche.

Sabía que Abigail había vuelto de la tumba, realmente.
Apuró el enésimo scotch y volvió a llenarse el vaso. El conserje nocturno del hotel le contempló, preocupado, desde detrás del mostrador del bar, que había abierto exclusivamente para él, pese a ser ya más de las once y tener cerrada la expendeduría de bebidas alcohólicas (1).
(1) Habitualmente, en los hoteles y pubs ingleses, con excepción de algunos del propio centro de Londres, existe una hora límite de servicio de bebibas alcohólicas —quien paga canon por ese servicio—, que termina sobre las once de la noche. (N. de! A.).
—¿No cree que ya bebió lo suficiente, señor? —se aventuró a preguntarle con voz insegura.
—Aunque me tomara tres botellas, no lograría emborracharme, amigo —murmuró Brian con tono desabrido—. Hace falta mucho alcohol para embriagarme hoy, después de lo que he vivido, no se preocupe por mí. Si lo que teme es que escandalice por culpa del whisky, olvídelo. No acostumbro a tener tan mala bebida ni siquiera en mis momentos de mayor depresión.
—Está bien, si usted lo quiere... —el conserje bostezó—. ¿No le importa que cierre el bar y vuelva a mi puesto? No es muy legal lo que estoy haciendo, aunque la policía de Rickinshaw sea tolerante con estas cosas...
—Puede irse, desde luego —Brian tomó la botella y el vaso, encaminándose hacia la salida, tras dejar en el mostrador un billete de diez libras—. Gracias y buenas noches.
—Espere, sobra mucho dinero de este billete, señor...
—Déjelo. Eso, por la molestia. Beberé a solas en mi cuarto. Le aseguro que no podré dormir esta noche, a menos que esté lo bastante ebrio.
—Como usted quiera, señor. Buenas noches y gracias. Pero tenga cuidado. El alcohol no es un consejero demasiado bueno...
Brian subió a su habitación sin hacer comentario alguno. Se arrojó sobre el lecho, dejando botella y vaso en la alfombra, y se sirvió otra generosa dosis de *scotch.* Lo tomó a sorbos, tratando de recordar las imborrables escenas que presenciara en la casa desierta de los Sotherby.
Aquella visión de Abigail, erguida ante el piano, mirándole con ojos grandes, muy abiertos, jaspeados y profundos, en aquel rostro oval, pálido y hermoso, casi infantil de puro adolescente...
Abigail, muerta y enterrada veinte años atrás. Era ella misma. La figura del retrato. La que un tal Hamilton Fox pintara dos décadas antes.
Abigail resucitada... ¿o no-muerta?
¿Mujer o vampiro?
No había respuesta para ese interrogante angustioso. El bien lo había

buscado, había intentado aprehender esa respuesta a través de la imagen imposible de la mujer muerta y rediviva.
Pero no tuvo suerte. Ella se evadió de entre sus manos, como un fantasma. Tal vez como lo que era. Como lo que tenía que ser.
Apenas se apagó la luz de baterías, al caer la lámpara al suelo desde el piano, él se había precipitado en la oscuridad hacia la mujer fantasmal. Había captado un grito ronco en la sombra. Luego, un espectral revoloteo de ropas claras, heridas por un reflejo distante.
Había tenido mala fortuna. Tropezó en ese momento con un sillón y una mesita, llevado por su precipitación y aturdimiento. Había caído en la moqueta blanda, y creía haber gritado un nombre:
—¡Abigail!
Luego, logró ponerse en pie, mientras algo emitía un sordo chasquido en alguna parte. Había conseguido también encender un fósforo, buscar a la dama fantástica a su leve,
amarillenta claridad.
En vano. No había ya nadie en la sala. Consiguió luego levantar la lámpara del suelo. Era una de esas luces con pilas de manufactura japonesa o de Hong Kong, provista de varias pequeñas baterías de voltio y medio, capaces de dar luz a una lámpara eléctrica de escasa potencia. Pero suficiente para iluminar el salón desde el que alguien, veinticuatro horas antes, había arrojado sobre él un bloque de piedra capaz de aplastarle contra el asfalto.
Con la lámpara en alto, buscó en vano el menor rastro del fantasma. No lo halló. Estaba solo en el gabinete del piano. Pero la tapa del teclado continuaba alzada. Y un vago aroma a jazmines flotaba en el aire húmedo de la sala.
Contempló a la claridad de la lámpara el gran retrato de Fox, encima del hogar. Era idéntica. La misma mujer a quien viera poco antes en carne y hueso, contemplándole asustada. Su mano osciló, presa de un estremecimiento.
—Dios mío, ¿entonces es posible? —jadeó, hablando consigo mismo —, ¿Existe una forma de vida más allá de la muerte? ¿Puede un ser endemoniado volver desde la tumba, para alimentarse de sangre humana y gozar de una eterna y maldita juventud? ¿Por eso no deseaba Abigail que nadie rezara por ella?
Caminó tambaleante, como sonámbulo, de punto en punto de la habitación. La única puerta había quedado a sus espaldas. Abigail nunca fue hacia ella, porque él se interponía en su camino. Y, sin embargo, no estaba allí ya.
Tanteó 1os muros, en busca de algo, de una salida que no fuese la puerta al corredor. Y la encontró.
Tras una cortina situada junto a la metálica estructura de la armadura, dio con una puertecilla disimulada, empapelada igual que el muro, y

desprovista de pomo o cerradura. Pero basto empujarla, para que cedieran sus invisibles bisagras con un chirrido leve, casi inaudible.
Proyectó la luz al otro lado, a la cámara en sombras donde entraba, temiendo encontrarse con otra espantable visión de ultratumba.
No halló nada de eso. Era, sencillamente, un pequeño gabinete con aire de salón de costura, y puerta al pasillo, herméticamente cerrada en apariencia. Olía a abandono y a vacío. Pero también ligeramente a jazmines. El rastro de Abigail, pensó.
Allí ya no existían más salidas más o menos secretas que la de comunicación con la sala del piano. Probó la puerta del corredor. Estaba cerrada con llave. Pero estaba seguro de que por allí escapó el fantasma de Abigail.
Regresó al salón del piano, contempló de nuevo largamente a la mujer joven y misteriosa, retratada en el gran óleo enmarcado en madera dorada.
—Abigail... —susurró—. Dios mío, perdóname. Pero creo... creo que estoy enamorado de una muerta. De una mujer-vampiro.
Los ojos profundos, enigmáticos, quizá angelicales, quizá diabólicos, le contemplaron sin emoción desde la fría inmovilidad de aquel enorme retrato que, sin embargo, parecía paradójicamente tan lleno de vida, de oscura y extraña vida llegada desde más allá de la misma muerte...
***
Dejó de recordar todo eso, de pensar en ello. Sencillamente porque estaba ebrio.
Sólo dirigió una mirada a la puerta de la habitación del hotel, comprobando que estaba cerrada con llave y pestillo. Soltó un resoplido, y se quedó dormido.
La botella de whisky escocés, sobre la alfombra, estaba volcada junto al vaso. Pero ni una gota se había derramado fuera. Estaba vacía.

CAPITULO VII

Hamilton Fox ocupaba una casita apacible, rodeada de jardines, en los límites del pueblo, al lado opuesto del camino hacia la abadía.
Brian Sewell, todavía con la cabeza dándole vueltas y la boca áspera y pastosa por la fuerte resaca, se detuvo ante la vivienda. Tiró de una campanilla que resonó con cierta alegría en el interior de la casa. Esperó, contemplando distraído el nombre de Hamilton Fox, sobre las palabras «Pintor y decorador», en su buzón de la cerca.
Por fin, alguien acudió a abrirle. Iba en mangas de camisa, con un grueso suéter de lana marrón encima. Era relativamente joven, no más de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, canoso en sienes y patillas, pelo oscuro el resto, ojos también oscuros, de color café, y un rostro saludable, bronceado, que hacía pensar más en un maduro deportista que en un artista de los pinceles. Brian le tendió una tarjeta suya, y el pintor le hizo pasar adentro, curioso.

—Usted dirá —expresó cortésmente, tras hacerle pasar a un amplio estudio que, a la luz matinal, ligeramente nubosa, mostraba un aspecto desordenado, con numerosos cuadros sin terminar arrinconados, y un lienzo inconcluso también sobre el caballete. La luz penetraba en abundancia por un tragaluz inclinado, en el techo—. ¿A qué debo el honor de su vista? ¿Desea encargarme algún retrato?
—No, no —sonrió Sewell, curioseando en las obras del artista—. Vine a hablar con usted de un retrato que ya está hecho, señor Fox.
—Temo no entenderle... —el artista enarcó las cejas, mirándole mientras mezclaba unos colores en su paleta—. ¿A qué retrata se refiere?
—Al de Abigail Sotherby.
La paleta cayó de su mano. Se disculpó, recogiendo pasta de colores del suelo, y luego se limpió las manos con un disolvente, acercándose a él con mirada algo huraña e inquieta.
—¿Qué es lo que dijo, señor Sewell? —indagó.
—Creo que me ha oído perfectamente, señor Fox. Hablé del retrato de Abigail Sotherby, el que está en la vieja casa del pueblo...
—Oh, ese... —se encogió de hombros, fingiendo ahora de modo tardío cierta indiferencia que distaba mucho de sentir —. Es antiguo y no demasiado bueno, la verdad. Entonces era yo muy joven aunque me creía un gran artista capaz de revolucionar la pintura. Y ya ve: ahora debo compartir mi trabajo de pintor con el de decorador, si quiero vivir decentemente. Estamos en una época difícil para el arte, señor Sewell. ¿Qué ha encontrado de especial en ese retrato?
—Su modelo.
Fox se mordió el labio inferior. Le escudriñó como si se sintiera cada vez más incómodo. Pero se encogió de hombros, tratando de no revelar emoción alguna.
—Abigail Sotherby era muy hermosa —admitió por fin—. No fue mérito mío.
—¿La conoció?
—Sí, por supuesto. El retrato es del natural. Ella posó para mí.
—¿La conoció bien? ¿Mejor que como tan simple pintor a su modelo?
—¿Por qué pregunta eso? Ha pasado ya mucho tiempo. ¿A quién le interesarían tales cosas?
—A mí, por ejemplo.
—¿Y... quién es usted? Aquí habla de investigaciones comerciales. Pero nada más.
—Señor Fox, su retrato me impresionó. El modelo parece vivo. Su parecido es asombroso.
—¿Cómo lo sabe? —le miró, ceñudo—. Usted es forastero aquí, ¿no? No pudo conocer a Abigail. Hace veinte años que murió.
—Digamos que sí he llegado a conocer a Abigail —sonrió Sewell—.

Pero quisiera saber lo que el hombre que la llevó al lienzo piensa sobre ella.
—Si pensara algo sobre Abigail Sotherby, no tendría por qué decírselo a usted ni a nadie —el pintor no trató ahora de ser cortés ni amable.
—Es posible que tenga que decírselo a alguien, le guste o no.
—¿A quién?
—A la policía.
—¿La policía? —el pintor se mostró adusto—. Eso no tiene sentido. ¿Qué diablos le importa a la policía nada que se relacione conmigo o con una muchacha que lleva tantos años enterrada?
—Señor Fox, últimamente han muerto varios animales y varios seres humanos. Degollados misteriosamente. Desangrados.
—¿Y qué? —farfulló Fox, mirándole con asombro.
—La última víctima ha sido una enfermera del doctor Masón. Ya antes, un perro, propiedad de la señora Sotherby, fue degollado y arrojado su cuerpo sobre la tumba de Abigail.
—Sigo sin ver qué diablos quiere dar a entender usted con todo eso. He oído hablar de la enfermera Priscilla Harris. La conocía personalmente, así como al doctor Masón, Pero nada de eso tiene relación alguna conmigo...
—Con usted, quizá no. Pero usted pintó a Abigail poco antes de morir ella. Y hay quien piensa que Abigail... resucitó en su tumba. En suma, que es una mujer-vampiro.
—¡Dios, no! —y ante el asombro de Brian, el pintor Fox se tambaleó, mortalmente pálido, teniendo que sujetarse a una mesa para no caer. Aun así, terminó por sentarse en un taburete, respirando con dificultad. Su rostro aparecía demudado, su mirada vidriosa, turbia. Había algo raro en su gesto. Brian se preguntó si sería *terror*. Le oyó susurrar algunas palabras más, con voz entrecortada—: No es posible... No, no... Nunca pude admitir tal cosa...
—¿Eso quiere decir que usted lo pensó alguna vez, Fox? —insistió Sewell.
—Cielos... —se cubrió el rostro con ambas manos, patéticamente—. Lo he sospechado tantas veces... Sabía que podía haber algo extraño y terrible en la muerte de Abigail, en su modo de ser, de hablar, de mirar, antes de morir...
—Hábleme de eso, Fox, se lo ruego —pidió Sewell sentándose a su lado—. ¿Qué pasó entonces, para que usted pensara en ella de un modo... digamos raro, anormal?
Hamilton Fox levantó la cabeza. Miró a Brian Sewell. Luego, lentamente, sin responder, se puso en pie. Fue a un rincón. Comenzó a quitar cuadros, hasta encontrar uno concreto, que alzó lentamente. Estaba tapado por una tela polvorienta. Quitó ésta. Y mostró el lienzo a Brian.

—¿Qué le parece ese retrato de Abigail? —preguntó sordamente.
Sewell dominó con dificultad una exclamación de sobresalto. Clavó sus ojos en el extraño retrato que le mostraba el artista.
Era ella misma. Rubia, delicada, sutil. Abigail Sotherby. Llena de juventud, de belleza. Y de inquietantes matices difíciles de comprender.
Aparecía vestida con un vaporoso atavío flotante que envolvía su esbelta figura de adolescente. Junto a ella, un enorme gato negro, de maligna mirada amarilla, se rozaba con su
pierna, contemplando malévolo al artista. Como fondo, nubes y sombras grises, perfilaban un ambiente sombrío, ominoso, en el que una de las sombras, más densa que las otras, parecía perfilar la silueta de un ser maléfico, posiblemente de un demonio apenas insinuado.
—Es muy diferente —jadeó Sewell, con dificultad, manteniendo la mirada fija, como hipnótica, en aquellas formas suaves, seductoras, sensuales, que el vestido vaporoso permitía adivinar sutilmente—. Parece... parece otra mujer.
—Es otra mujer, virtualmente —asintió Fox, sombrío—, Abigail era así. Unas veces se mostraba tierna, sensible, incluso coqueta, frívola... Otras, era como el otro lado de sí misma, su otra personalidad oculta. Perversa, fría y cruel envuelta en un extraño halo de maldad y de diabólico misterio. Entonces, lograba asustar, me aterraba...
—¿Y cuando se mostraba así, Fox? — Brian le escudriñó, casi imperativo—. ¿Qué sentimientos le producía Abigail cuando era del modo que usted la captó en el otro retrato?
—Entonces... entonces creo... creo que la amaba —confesó él amargamente, inclinando su cabeza con aire abatido,
—Entiendo... —Brian se puso en pie lentamente, mirando con fijeza el otro retrato de Abigail, el que mostraba otra clase de mujer, otra alma, otro rostro oculto, tal vez el de la perversión interna. Como un nuevo retrato de Dorian Gray, donde la corrupción y la maldad eran casi tangibles, hasta parecer salir del cuadro y dar vida y corporeidad al inquietante gato negro, a la sombra siniestra del fondo... y a la propia Abigail, tal y como podría salir ahora de su tumba en las noches de sed de sangre...
Caminó Brian hacia la salida. A sus espaldas, Fox confesaba con voz ronca:
—Sí, creo que la amé. La amé locamente... y la temí a la vez. A veces me enloquecía de pasión. Otras, me provocaba terror a los desconocido, era una muchacha extraña, a veces adorable, a veces estremecedora... ¿Sabe lo que me dijo cuando estaba terminando su cuadro?
—¿Cuál? ¿Este o... el otro? —preguntó Brian sin volverse,
—El otro, por supuesto. Este nunca se lo mostré terminado. Apenas

vio su rostro en él, me exigió que lo destruyese que no lo terminara. Pero yo usé los bocetos que tenía de ella para terminarlo secretamente en mi estudio, sin que ella lo supiera. Y aquí ha estado siempre, desde que ella murió.
—Quizá formando parte de su alma maldita —susurró Brian.
No supo si el otro le oía o no. La voz del pintor le llegó clara, cansada, rota:
—Me dijo que ella era hermosa. Que no era justo sobrevivir solamente en un lienzo, si moría joven como esperaba. Y añadió algo más. Algo terrible, que entonces me pareció sin sentido alguno...
—¿Qué fue, Fox? Dígalo sin temor. No voy a reírme de ello, sea lo que sea.
—Ella dijo... que aunque muriese, volvería. Que estaría siempre entre nosotros, gozando de otra vida muy diferente, porque así se lo habían prometido. Que soñaba con el momento de su muerte, porque sería iniciar esa otra vida maravillosa y eterna que había pedido y le sería concedida... Añadió algo del Diablo, de lecturas satánicas, de ritos oscuros... y vampirismo. Creo que me vio tan aterrado que causé su hilaridad. Se rió de mí, señor Sewell. Pero la suya era una risa extraña, demoníaca, que ni siquiera parecía humana... Cuando murió, meses más tarde, tuve miedo. Fui a su tumba algunas veces, para convencerme de que reposaba allí, más que por ninguna otra causa. Luego, fui olvidando sus absurdas palabras, que me parecían una locura total, un disparate imaginativo. Hasta que comenzaron a aparecer sin vida personas solitarias, animales... desangrados todos. Entonces ture miedo. Mucho miedo... Y ahora, con su visita, todavía estoy más asustado...
—Quizá tenga motivos para estarlo, Fox —suspiró Sewell, junto a la puerta—. Al parecer, era fácil enamorarse de Abigail, a pesar de todo. ¿Sabe una cosa? Yo también me enamoré de ella antes de conocerla... Porque anoche, Fox... anoche yo vi en persona a Abigail Sotherby. Y no era una alucinación ni un sueño, se lo aseguro.
Cerró tras de sí, dejando a un Hamilton Fox lívido, demudado, totalmente anonadado por su confesión final.
***
Estaba cayendo la tarde cuando Brian Sewell pisó la vegetación silvestre del viejo cementerio. Se aproximó a la tumba de Abigail.
Parado ante ella, leyó una vez más el extraño y siniestro epitafio escrito por la propia muchacha. Se arrodilló. Tocó los bordes de la lápida. Parecían estrechos, intactos desde muchos años atrás, como si nunca se hubiera tocado de allá esa pesada losa.
Y sin embargo... ¿Cómo podía salir la mujer-vampiro de su ataúd, si la losa no era movida nunca de su sitio?
Se puso en pie, limpiándose los dedos sucios de tierra Miró en torno,

al resto de las escasas tumbas todavía intactas en el cementerio ya abandonado. Arrancó unas pocas florecillas silvestres, que reunió en un manojo, depositándolas sobre la inscripción de Abigail.
—Sea cual sea ahora tu vida o tu muerte, Abigail Sotherby, alguien va a rezar por ti, te guste o no —dijo Brian con voz sorda.
Y puso una rodilla en tierra, orando en silencio por la difunta. El cielo, sobre su cabeza, se iba nublando por momentos, como la tarde anterior. El aire olía a humedad, y la tarde se iba tornando oscura con rapidez. Recordó que vampiros surgían con la puesta del sol. No faltaba mucho para eso.
Fue una sensación extraña, súbita. Esa que todos notan habitualmente cuando alguien mira con fijeza al cuello de uno, a sus espaldas. Con un leve estremecimiento de inquietud, se persignó y giró la cabeza. El sol acababa de hundirse tras las colinas.
La vio de nuevo.
—¡Abigail! —rugió con voz potente, poniéndose en pie de un salto.
El rostro de ella fue una visión fugaz, entre las ruinas de la abadía. Luego, desapareció en éstas, como un maligno espíritu errante que huyera de su vista.
—¡Abigail! —volvió a llamar, corriendo hacia la abadía sin vacilar, dispuesto a enfrentarse de una vez por todas con aquel horror, fuese cual fuese su naturaleza.
Oyó un leve roce de pisadas entre piedras. Salvó una pared casi derruida, y se metió por el laberinto ruinoso de viejas columnas, porches abatidos y paredes desgajadas qué fueran un día un recinto religioso.
Ya no le importaba la creciente oscuridad, el aire frío y húmedo, el cielo densamente nublado, oscuro y sombrío. Ni la proximidad de un ser de ultratumba. Sus pies hacían crujir los matorrales, las piedrecillas rodaban bajo su carrera vertiginosa, y allá, ante él, en alguna parte adonde no llegaban sus ojos, otras pisadas opacas, livianas, alejaban de su persona a alguien a quien había intuido rápida y borrosamente entre los restos del edificio monacal. Aquel rostro pálido, joven, hermoso y suave, que viera la noche antes en la casa de los Sotherby, aquel mismo rostro que ya había admirado en dos retratos bien distintos, obra de los pinceles de Hamilton Fox, el pintor que amaba y temía a la vez a una mujer muerta
veinte años antes.
—¡Vuelve, Abigail, cualquiera que sea tu naturaleza actual! —voceó Brian, como si estuviese loco y gritara al vacío, a la nada—. ¡Vuelve, te lo ruego! ¡No te temo! ¡Te amo, aunque sea una aberración! ¡Estoy enamorado de ti!
Abigail, o su sombra… o su forma demoníaca llegada desde más allá de la muerte, seguía huyendo, ocultándose a sus ojos, buscando fácil

refugio en las ruinas que ella parecía conocer tan bien.
Y el cielo, cada vez más negro y hosco, comenzó a derramar agua nuevamente. La lluvia golpeó ruidosa, torrencialmente, con brusquedad imprevisible, las viejas piedras y muros derruidos. La tarde se hizo tan oscura que casi era noche cerrada.
Súbitamente, Brian perdió pie en unas piedras gruesas, que rodaron bajo sus pisadas presurosas. Se desplomó en una zanja repleta de peñascos y arbustos. El golpe fue brusco y violento. La frente sangró por un profundo corte.
Trató de rehacerse, de ponerse en pie. La vista se le nubló. La lluvia se mezcló con su sangre y con el polvo, formando un fango rojizo. Con terror, presintiendo que aquello podía ser funesto para él, supo que iba a perder el conocimiento. Luchó por evitarlo. Gritó roncamente, se agitó en su lecho de piedras, sintiendo girar todo ante sus ojos empapados de lluvia y de sangre.
Y se desvaneció.
Pero antes de ello, una risa escalofriante, cercana, heló la sangre en sus venas. Luego, cuando sus ojos se cerraban, algo oscuro y sigiloso se movió cerca de él. Un contacto frío y maligno rozó su cuello.
Supo que iba a morir desangrado, a manos del vampiro de Rickinshaw.
Pero no podía hacer nada. Se desmayó, hundiéndose en profundas tinieblas.

CAPÍTULO VIII

—¿Se encuentra bien, señor Sewell?
Abrió los ojos, aunque ello le deslumbró, ya que la potente luz de la linterna caía sobre él, bañándole en claridad que, por contraste con la oscuridad de su inconsciencia anterior, le pareció realmente cegadora.
—No sé… —murmuró, tratando de coordinar sus ideas y darse cuenta exacta del lugar donde se hallaba—. No sé…
Finalmente, identificó al hombre que se inclinaba sobre él, con una linterna en una mano, proyectada sobre él, y una cruz de metal en la otra. Era el reverendo Grant, cuyo rostro reveló preocupación, bajo los cabellos mojados. La claridad de la linterna hizo centellear el metal de la cruz en las sombras. Gotas de lluvia caían sobre ella. Y también sobre él, empacándole las ropas y el rostro con una fría caricia.
—Creo… creo que ya recuerdo lo sucedido… —jadeó Brian, incorporándose, ayudado por el sacerdote—. Sí, voy recordándolo todo… Dios mío…
Se tocó el cuello, que notaba mojado y dolorido. Al retirar los dedos, solamente encontró agua en ellos. Pero el dolor persistía. Como si algo o alguien le hubiera causado daño en él. El reverendo advirtió el gesto. Proyectó la luz directamente sobre su garganta.
—Vaya, parece que llegué muy a tiempo —comentó gravemente—.

Tiene señales en la piel… como si le hubieran atacado. Pero no son muy profundas, afortunadamente.
—¿Qué es lo que ocurrió exactamente, reverendo? —murmuró Brian, ya recuperado—. Sólo recuerdo que caí en esa zanja, golpeándome, y me desvanecí. Creí ver que algo o alguien se inclinaba sobre mí, un contacto en el cuello… y no sé más.
—No debería haber vuelto al cementerio, y menos al anochecer, señor Sewell —le reprochó el sacerdote—. Podía ser peligroso, si su teoría era cierta. Estaba buscándole, cuando me dijeron que le habían visto ausentarse de Rickinshaw y tomar este camino. Imaginando su punto de destino, vine tras de usted y me sorprendió la tormenta. Por eso cubrí a todo correr el último trecho hasta la abadía y también me pareció ver huir a alguien. Lo cierto es que juraría que una figura, una sombra, desapareció etre estas ruinas cuando me aproximé. Por eso esgrimí la cruz y busqué en estos alrededores, hasta dar con usted. Es evidente que mi llegada sorprendió a alguien cuando le atacaba. Sus huellas en el cuello así parecen indicarlo.
—Sí, noté un contacto helado en mi cuello. Algo horrible… pero no pude hacer nada. Estaba desvaneciéndome entonces.
—Vamos, volveremos al pueblo y haré que le vea el doctor. Siempre es preferible en casos así, créame. Ahora, cuanto antes nos marchemos de aquí, tanto mejor para ambos. Con la cruz, me siento bien protegido de ciertos enemigos, pero si nos enfrentamos a uno real y tangible, puede suceder que no sea suficiente con eso, y usted está demasiado débil y aturdido para repeler una agresión. Por otro lado, me temo que seguirá lloviendo con más fuerza no tardando mucho.
Brian asintió, siguiendo al reverendo. Ambos echaron a andar con apresuramiento, saliendo de las ruinas de la vieja abadía, y dejando atrás el cementerio, para tomar el camino del pueblo. La lluvia había cesado casi totalmente, pero el negro color del cielo y el aire cargado de humedad, no hacían presagiar nada bueno para aquella noche.
Brian vislumbró junto a la semiderruida cerca del cementerio el vehículo en el que el religioso había cubierto la distancia entre el pueblo y la abadía: era un pequeño ciclomotor
de escasa potencia, pero que podía cargar con ambos en caso de apuro. Subió a la parte posterior del sillín, a una indicación del sacerdote, y emprendieron el regreso a Rickinshaw.
La lluvia arreció antes de que llegasen a la altura del acceso a Sotherby Manor, y el reverendo trató de sacar más velocidad al vehículo, pero éste iba sobrecargado y respondió trabajosamente.
Un momento después, descubrían el bulto en medio del sendero. La luz del pequeño faro del ciclomotor se proyectó sobre la forma oscura, cruzada en un lado del encharcado camino. El reverendo Gran detuvo la máquina con una exclamación.

—¿Y ahora, qué es eso? —murmuró—. No había nada ahí, cuando iba en su busca, señor Sewell.
Este se estremeció, al fijar la vista en el bulto.
—Parece un hombre —señaló roncamente.
Ambos se aproximaron al bulto. Cuando estuvieron más cerca, descubrieron sus ropas grises, empapadas de agua hasta parecer negras. Una gorra de plato de igual color yacía a poca distancia del cuerpo. Brian identificó en el acto las prendas.
Luego, cuando el reverendo volvió al hombre boca arriba y derramó luz sobre su rostro, una doble exclamación de asombro y de horror brotó de sus gargantas.
—¡Cielo santo, es Neil Baxter, el chófer de la señora Sotherby! —clamó el sacerdote, demudado.
Brian asintió. Su uniforme gris ya se lo había revelado poco antes. Contempló el rostro lívido, inmóvil, como tallado en mármol, los labios exangües, apretados en un rictus de dolor y agonía. La garganta destrozada, revelaba la agresión del misterioso monstruo de Rickinshaw. Había brotado sangre en abundancia, hasta vaciarle las venas y arterias totalmente. Parte de ella se había diluido en el agua. El resto aparecía empapando sus mojadas ropas. Tal vez una parte mayor de esa sangre, hubiese sido succionada por un ser de pesadilla, surgido de la tumba.
—Dios mío, otra vez… —murmuró Brian Sewell roncamente.
—Tuvo que suceder mientras yo lo encontraba a usted e iniciábamos el regreso —manifestó roncamente el sacerdote—. Vea, la herida es reciente, la sangre no se ha llegado a secar totalmente. Y no ha iniciado el *rigor mortis.* Pobre diablo, ¿qué estaría haciendo por aquí, para encontrarse con… con el vampiro o lo que ello sea?
—Reverendo, hay que hacer algo… —jadeó Brian—. Pero ¿qué?
—No se me ocurre nada. No podemos cargar con este infeliz en el ciclomotor. Ya vamos bastante sobrecargados. Y llueve en exceso para que uno de nosotros vaya a pie. Después de todo, Baxter ya no necesita nada. Dejaremos su cuerpo oculto en esos matorrales, y avisaremos al constable Hopkins apenas lleguemos al pueblo. Creo que es lo más sensato. Ir ahora a Sotherby Manor e informar de esto, no tiene objeto.
—Además… el vampiro podría estar, precisamente, en Sotherby Manor —sugirió Sewell, contemplando sombrío el cadáver.
—Sí, es una posibilidad —aceptó el reverendo Grant, mirándole un momento con interés—. Sobre todo, si es Abigail Sotherby, ¿no?
Brian tuvo un escalofrío. Recordó el pálido rostro femenino en las ruinas, la evasión de la muchacha, vista por segunda vez en pocas horas. Estaba bien seguro de que ninguna de las dos veces fue imaginación suya. Había visto en dos ocasiones a Abigail, la muchacha

muerta veinte años atrás. Y en ambas ocasiones, había habido una muerte violenta por medio. La tarde antes, la enfermera Harris. Ahora, el chófer Neil Baxter. No sentía ninguna simpatía por éste, después de lo sucedido en la propiedad de Sharon Sotherby. Pero ahora estaba muerto, víctima
del mismo horror que actuara antes en Rickinshaw, y eso le hacía sentir piedad por él.
—Creo que tiene usted razón, reverendo —aceptó, sin mencionar sus encuentros con Abigail Sotherby—. Vamos cuanto antes al pueblo.
Arrastraron el cadáver hasta debajo de un seto, y partieron velozmente hacia Rickinshaw. Poco después, un automóvil con el constable Hopkins y el agente Waggins, partía hacia el sendero para recoger a la víctima del nuevo crimen, mientras el médico forense local, el doctor Monroe, se preparaba con rapidez para seguir a los miembros de la Ley al lugar del suceso.
Brian Sewell, entre tanto, en compañía del reverendo Grant, era visitado por el joven doctor Mayer en su consulta, pese a lo avanzado de la hora.
***
—Por fortuna, señor Sewell, sólo son rozaduras superficiales que no llegaron a producirle herida. Pero sin duda fueron causadas por algo incisivo y muy afilado...
—Como unas garras o unos colmillos, ¿no, doctor? —sugirió la voz grave del reverendo Grant, presente en la consulta que el médico había abierto para atender a Brian.
El joven doctor Mayer alzó la cabeza, mirando pensativo al sacerdote. Luego asintió, con expresión preocupada.
—Sí, algo así —admitió—. Pero no necesariamente eso.
—¿Cree que tiene semejanza con lo que causó las heridas de su enfermera, doctor Mayer? —preguntó suavemente Brian.
James Mayer se estremeció de modo ostensible y retiró su mirada de Sewell. Terminó de aplicar una pomada a los roces que levantaban la piel de la garganta de su paciente, y luego se encogió de hombros.
—Es posible, sí —aceptó—. También en aquel caso fue algo incisivo, desgarrador... Dios mío, no me gusta recordarlo, comprenda.
—Lo comprendo muy bien. Yo descubrí también ese cuerpo, y sé lo que significa verse ante algo semejante, doctor —murmuró Sewell roncamente—. El reverendo también lo sabe ahora. Acabamos de hallar el cadáver del chófer de la señora Sotherby, Neil Baxter. Se desangró, con la garganta destrozada, en el camino de la abadía.
—Cielos, no —el doctor Mayer les contempló, mientras se caía de sus manos la caja de la pomada—. No es posible.
—Vaya si lo es, doctor —afirmó el reverendo Grant—. La policía acaba de ir hacia allá ahora mismo...

—Es horrible. Horrible... —murmuró el médico, anonadado, vendando lentamente, con mano insegura, el cuello de Sewell.
La puerta de la consulta se abrió, asomando alguien la cabeza. El reverendo y Brian se volvieron. El sacerdote reveló cierta sorpresa.
—¡Vaya, si es mi viejo amigo, el doctor Mayer, *senior!* —exclamó jovial—. No sabía que estuviera en Rickinshaw, doctor,
—Y no estaba —dijo su hijo, todavía con voz temblorosa por la emoción—. Ha llegado esta tarde de Manchester y se encuentra bastante bien, ¿no es cierto, padre?
El hombre alto, delgado pero vigoroso, de blanquísimos cabellos, que había asomado por la puerta, haciendo intención de retirarse al ver a su hijo ocupado, acabó por sonreír y
afirmar con la cabeza, tendiendo su mano al reverendo.
—Así es —admitió—. Mis nervios parece que se están portando mejor estos días, reverendo Grant. Me alegra verle. ¿Cómo van las cosas por la parroquia?
—No demasiado bien, doctor. Estoy pensando en poner ajos y muérdago en su puerta, para que mis feligreses se sientan ahora más seguros.
—¿Bromea? —rió el veterano médico—. ¿Ajos y muérdago? ¿Para qué haría eso?
—Vampiros, doctor —sentenció el reverendo.
—¡Vampiros! —el doctor John F. Mayer abrió mucho sus ojos, mirándole con estupor—. No hablará en serio...
—Me temo que sí, papá —terció gravemente su hijo—.Ultimamente, están ocurriendo cosas muy raras en esta ciudad... Han degollado y desangrado a animales y personas. No tuve tiempo de contártelo. Algo espantoso.
—Cielos... —el rostro rugoso del doctor Mayer se tornó sombrío, y su mirada fue del reverendo al paciente a quien desconocía, y finalmente a su hijo—. Creí que esas cosas no sucedían nunca en la vida real...
—Pues están sucediendo, doctor Mayer —habló con firmeza Brian Sewell—. ¿Y sabe quién puede ser el vampiro? Abigail Sotherby.
Lo dijo bruscamente, con toda intención. El viejo doctor Mayer pareció recibir un mazazo. Dio un paso atrás, mirando con asombro a Brian.
—¿Qué... qué dice usted? —jadeó.
—Lo que ha oído: Abigail. Usted firmó su certificado de defunción, ¿no, doctor?
—Sí, pero... pero de eso hace ya muchos años —parecía súbitamente agitado—. Veinte, creo...
—Así es, papá —se apresuró a corroborar su hijo—. Señor Sewell, será mejor no hablar de todo eso ahora a mi padre. Su sistema nervioso no está bien, y podría recaer de nuevo, si se discuten ciertos temas poco

agradables...
—No, no, hijo, estoy bien —rechazó su padre con viveza. Miró a Brian y preguntó—: Usted es forastero, ¿no es cierto?
—Sí, doctor. Brian Sewell, de Londres. Alguien me hizo venir a Rickinshaw para investigar la muerte de Abigail Sotherby. Pensaban en un crimen o algo así.
—¿Crimen? —las cejas blancas del viejo médico se fruncieron—. No, no, nada de eso. Qué tontería. Abigail era una muchacha encantadora. Inteligente, sensible y resignada. Sabía que sufría un tumor cerebral que agotaba su vida por momentos. Aceptó la muerte sin patetismos ni desesperación. Como algo inevitable. Una gran chica, pobrecilla. ¿Quién hubiese podido desear su muerte? Yo la asistí en todo momento. Fue un cáncer en el cerebro, señor Sewell. Puede verlo en el certificado de defunción.
—Ya lo vi, doctor. Pero prefiero oírlo de sus labios —sonrió Brian—. De todos modos, ahora su muerte ha pasado a segundo plano. Es eso que sucede lo que importa.
—Sí, por supuesto, pero... no puedo imaginar un caso de vampirismo. Y menos en la pobre Abigail, después de tantos años... —se expresó el doctor Mayer con perplejidad—. Ella estaba muerta y bien muerta, señor Sewell, cuando yo la vi. No creo que fuerza alguna, humana o sobrenatural, pudiese devolverle la vida.
—No asegure tanto, doctor —sentenció sombríamente el sacerdote, apretando su cruz sobre el pecho—. Nadie podemos estar seguros de la fuerza de que es capaz Satanás.
—Eso lo puede decir usted, como religioso —protestó el médico—. Como doctor en Medicina, reverendo Grant, aseguro que nada ni nadie movería a Abigail de su tumba.
—Bueno, padre, ya está bien —le tranquilizó su hijo, al advertir indicios de excitación en
el retirado doctor Mayer—. Dejemos el tema. Corno ve, señor Sewell, siempre que viene, usted a mi consulta se crean problemas. Le agradeceré que en otra ocasión, elija a otro médico para curarse. Buenas noches.
Era un modo áspero y nada cortés de despedirle. Brian Sewell no comentó cosa alguna. Salió de la consulta, seguido por el reverendo, diciendo simplemente al doctor Mayer *senior:*
—Ha sido un placer conocerle, doctor Mayer. Sus palabras me han sugerido una idea que puede ser importante en este caso. Gracias por su ayuda...
—No creo que le haya podido ayudar en nada, señor Sewell —respondió el viejo médico, tras estrechar su mano—. Adiós, reverendo. Estoy seguro de que mi hijo no ha tenido intención de molestarles...
—Sin duda, doctor —dijo con sarcasmo el sacerdote, abandonando la

casa junto a Sewell. Una vez en la calle, ambos hombres se miraron y el reverendo meneó la cabeza con disgusto—. No simpatiza demasiado con usted el doctor Mayer *junior*.
—No, no mucho —admitió Brian—, Pero no me importa. A mí tampoco me cae bien ese joven. Su padre, en cambio, es un hombre muy afable.
—Siempre lo fue. Y honesto. ¿Tenía dudas sobre ese certificado de defunción?
—La verdad, sí. Ahora me siento más confuso que nunca. ¿Por qué me contrataron para investigar algo que nunca ocurrió? Si no hubo motivos para pensar en un homicidio, ¿qué hago yo aquí, exactamente?
—Pasarlo bastante mal —sonrió el reverendo—. Vino pensando en un caso de asesinato, y se encuentra con uno de vampirismo. No a todo el mundo le ocurre lo mismo, Pero habrá comprobado, por lo que dijo el doctor Mayer padre, que es imposible que Abigail sea el vampiro.
—¿Imposible? ¿Por qué motivo? Usted sabe mejor que nadie que los vampiros son seres que han muerto antes... y han sido enterrados.
—Pero ¿por qué, precisamente, Abigail? Ella murió hace veinte años. Y los casos de vampirismo datan solamente de hace tres o cuatro, según el constable Hopkins...
—Eso es lo que no entiendo. Pero hay demasiadas cosas en este asunto que no son fáciles de comprender, reverendo. De todos modos, creo que debe saber algo.
—¿Qué, Sewell? —se interesó el sacerdote, cuando llegaban ya frente a su capilla.
—Por dos veces desde que estoy en Rickinshaw, he visto a Abigail Sotherby —confesó Brian con voz grave—. Y no fueron alucinaciones. Era ella. Ella misma, ¿entiende, reverendo? De modo que, de alguna manera, *sí* salió de su tumba...

CAPITULO IX

Su tumba.

El taxista Terence Bold tenía la nariz más roja que de costumbre. Se frotaba constantemente las manos, aterido de frío, y miraba temeroso en torno , empuñando con firmeza la pala.
—¿Creé de veras que es legal esto que vamos a hacer, señor? —preguntó medroso.
Brian sonrió, meneando negativamente la cabeza.
—Claro que no, amigo mío —admitió—. Pero nadie tiene por qué saberlo. De madrugada, no hay persona alguna que se atreva a venir al cementerio, y menos aún después de la muerte de Neil Baxter esta tarde, en el camino del pueblo.
—Cielos, no me lo recuerde —tembló Bold, mirando en torno con cómico terror, para finalmente clavar sus ojos asustados en su cliente

—. ¿Y si aparece el vampiro, señor
—No se preocupe por eso —sonrió Brian—. ¿Por qué cree que puse ahí esos maderos?
Bold miró, no demasiado convencido, la tosca cruz que Brian había montado con dos tablas justo delante de ellos, al lado de la tumba de Abigail Sotherby. El buen taxista no parecía excesivamente seguro de que aquello fuese un escudo eficaz contra los poderes de las tinieblas. Sewell, al advertirlo, optó por mostrarle otros medios mucho más prosaicos y materiales de afrontar cualquier peligro. Dejó a un lado el pico que iba a utilizar seguidamente, y extrajo de su bolsillo el viejo revólver que le habían facilitado en el hotel de Rickinshaw mediante una propina tan buena como la que había ofrecido a Bold por servirle de cómplice en aquella exhumación ilegal y clandestina.
—Bueno, eso es otra cosa —comentó con un suspiro de alivio—. Confío más en un puñado de balas que en una cruz, aunque el reverendo Grant me llamaría impío por eso.
—Creo entenderle, Bold. Ahora, manos a la obra. No disponemos de demasiado tiempo. Recuerde que son ya las tres de la mañana, y hemos de volver a dejar todo como estaba, antes de ausentarnos de aquí sin que haya despuntado el día.
—Lo recuerdo muy bien, señor. Pero estaba pensando en otro peligro frente al que no servirán de mucho ni su revólver ni la cruz.
—¿Cuál?
—El constable Hopkins. Si la policía nos pesca aquí esta noche, estamos listos.
—Eso es cierto, Bold —suspiró Brian—. Confiemos en que sus investigaciones de esos crímenes les mantenga alejados de aquí lo suficiente...
Inició la tarea con decisión, tras una última mirada a la lápida con el extraño epitafio creación de Abigail Sotherby. Cuidadosamente, para no quebrar la piedra, fue hundiendo el pico por los bordes donde ésta se juntaba a la tierra de alrededor, hasta que sus dedos, al hundirse en la grieta, movieron la piedra. El taxista, con el rostro aterido, extrajo un frasco petaca del que tomó un buen trago, fija la mirada en la tumba, y tendió el recipiente a Brian.
Probó el whisky, fuerte y áspero, que contenía el frasco. Fue como pasar fuego por la garganta, pero dado el frío y humedad de la lóbrega noche, le sentó bien. Con renovados bríos, removió la lápida, pidiendo al taxista.
—Por favor, ayúdeme. No quisiera que sé rompiera la lápida...
Entre ambos hombres, trabajosamente, extrajeron la losa, no demasiado gruesa, por fortuna, y quedó al descubierto la tierra removida de su interior. La luz de la linterna se
proyectó sobre insectos subterráneos, que huyeron asustados.

—Bien, ahora viene lo peor —jadeó Brian—. Cavemos, Bold, amigo.
Con su nariz casi amoratada ya, el buen taxista inició la tarea junto a Brian. Este, mientras iba apartando a paletadas la tierra que cubría el sepulcro, se preguntaba cómo un cadáver podía abandonar su ataúd con toda aquella tierra encima. Tal vez para un vampiro fuese tarea sencilla, pero desde su prisma humano y realista, no lograba entenderlo. Se dijo a sí mismo que, en otra situación, su comportamiento de ahora, profanando una tumba para hallar la evidencia de algo, hubiera resultado infantil y grotesco.
—¡Ya! —murmuró al fin Sewell, cuando la pala de Bold golpeó algo de madera, que emitió un seco, lúgubre crujido—. Ahí está el féretro... Con cuidado ahora.
Bold estaba perdiendo por momentos su sano color rojo, pese a los frecuentes tragos que iban vaciando su frasco. El propio Brian sentía frío en sus venas cuanto más se aproximaba a la que, quizá, era la solución final al gran misterio de Abigail.
Apartaron con sumo cuidado las últimas pellas de tierra de encima del féretro. Brian contempló éste, pensativo. Se conservaba muy bien, para llevar allí veinte largos años. La madera, aunque descolorida y agrietada, se mostraba firme. Era buena madera. No tenía crucifijo, encima. Tal vez era significativo.
Logró abrir las aldabillas laterales sin demasiado esfuerzo, con astillas de la propia madera. La podredumbre ayudaba en la tarea. Observó que, bajo la madera, el féretro estaba forrado de zinc. Se estremeció. Tal vez el cadáver de Abigail estuviese intacto bajo aquella protección... si es que *estaba* allí.
—Ahora, Bold —murmuró, con voz trémula, dominando su emoción —. Adelante... Veamos lo que encierra este féretro...
—Yo no quiero mirar, señor —se lamentó el taxista, apartándose de la tumba.
Brian tragó saliva. Supo que estaba en un momento crucial del misterio. Muchas convicciones suyas dependerían de lo que encontrase allí dentro ahora...
Se decidió. Tomó impulso, respiró hondo, llenando sus pulmones de aire húmedo y helado. Aferró la tapa del ataúd. Y tiró de ella.
La caja fúnebre estaba abierta. Los ojos de Brian Sewell, estupefactos, contemplaron al fin su interior. El interior del ataúd de Abigail Sotherby...
Luego, oyó él grito ronco de Bold. Y el golpe de su cuerpo, al caer. Se volvió, alarmado, buscando la culata de su revólver en el impermeable.
Demasiado tarde. Por segunda vez en poco tiempo, alguien fue más rápido que él. Sintió un golpe tremendo en su nuca, todo osciló en torno suyo, y cayó de bruces sobre el ataúd de Abigail.

Sobre un ataúd *vacío.* Sin cadáver.
***
Las velas ardían cerca de él. Vio bailotear las llamas amarillas en la penumbra. Olió el aroma inconfundible de la cera caliente.
Asustado, pensó si estaría muerto, y éste era el despertar de los muertos. O de los
vampiros.
Alzó la cabeza. Miró en torno, preocupado, tratando de averiguar dónde estaba ahora. Allí no hacía frío ni humedad. Pero aun así, tuvo un escalofrío.
Estaba en una tumba. Una tumba muy distinta a la de Abigail en el viejo cementerio. Una cripta. Las velas ardían en cuatro ángulos, en torno a una losa blanca, que formaba parte del suelo de una estancia amplia y recoleta. Cortinajes color violeta oscuro, decoraban fúnebremente las paredes. Todo allí olía a muerte y silencio.
—Cielos, ¿qué lugar es éste? —jadeó Brian, poniéndose en pie dificultosamente, tras comprobar que yacía en un sofá tapizado también de color violeta.
—La verdadera tumba de Abigail Sotherby, señor Sewell —respondió una voz a la pregunta que él acababa de hacerse a sí mismo.
Se volvió, sobresaltado. Contempló a la persona que había hablado. Vestida sobriamente de gris oscuro, como siempre, allí estaba ella: Sharon Sotherby, la madrastra de Abigail, la señora de Sotherby Manor.
No había nada amenazador ni siniestro en ella ni en su expresión. Sólo dolor. Y respeto. Brian desvió sus ojos hacia los velones y la losa del suelo. Vio solamente dos iniciales grabadas en la lápida: A. S. Y una cruz.
—De modo que es eso. Ella no estuvo nunca en la tumba del viejo cementerio... —murmuró.
—Nunca —confirmó la madrastra, caminando lentamente hacia él, aunque mirando hacia los velones encendidos—. Se enterró un féretro vacío, como ha podido comprobar por sí mismo no hace mucho.
—Dios mío, el cementerio... —recordó Brian. Miró angustiado a la dama—. ¿Y Bold?
—¿El taxista? —ella sonrió—. No tema por él. Duerme aún en el salón. No sólo recibió un golpe por parte de Broderick, como usted, sino que está lleno de mal whisky.
—¿Por qué nos han traído aquí? ¿Es su casa, señora Sotherby?
—Sí. Es mi casa —confirmó ella—. Sin que nadie lo supiera, aquí enterré a Abigail hace veinte años.
—¿Por qué?
—Tuve miedo. Es cierto que ella hacía prácticas y ritos satánicos. Estaba convencida de que moriría tan joven para volver a la vida

como vampiro, saliendo de la tumba cada noche. Usted quizá diga que era una tontería, pero tuve miedo y quise tomar precauciones. Por eso la aparté de su siniestro epitafio y de una lápida sin cruz. Quebrantando sus deseos, la sepulté bajo una cruz, y sin epitafio. Debajo, en su féretro, otra cruz de metal cubre su tumba, para impedir todo hecho sobrenatural. Si todo es como dicen, ahí reposará sin posibilidad de abandonar su féretro para deambular entre nosotros buscando sangre.

—En otra ocasión, me hubiera burlado de esas palabras, señora. Ahora, no.

—Sí, lo sé. La enfermera Harris, mi chófer Baxter, perro, gatos, vagabundos... Hay un vampiro, realmente, en Rickinshaw. Pero no es Abigail. No puede ser ella.

Brian Sewell vaciló. No quería romper las ilusiones de Sharon Sotherby, sus convicciones al respecto. Pero tenía que hacerlo.

—Tal vez usted no pudo preverlo todo, señora —murmuró—. Yo... yo he visto dos veces a Abigail Sotherby. Anoche, en la casa del pueblo... y hoy, en la vieja abadía.

—No, señor Sewell —negó lentamente Sharon Sotherby—. Usted no pudo ver en ninguna ocasión a Abigail.

—Se lo aseguro. La vi. Tan claramente como la veo a usted ahora. No fue una alucinación ni una fantasía. Era ella. Tal como aparece en su retrato, el que pinto Hamilton Fox hace veinte años...

—No, señor Sewell —se repitió la negativa, pero en otra *voz* que sonaba a sus espaldas y le produjo un escalofrío—. No vio usted a Abigail. *Me vio a mí.*

Brian Sewell se volvió, sobresaltado. La aparición avanzaba hacia él, en las irreales penumbras de la extraña cripta de Sotherby Manor. Era ella. *Ella...*

—*¡Abigail!* —gritó roncamente Sewell, vacilando sobre sus piernas.

—No —sonrió la hermosa, etérea joven de cabellos dorados y verdes ojos—. No, señor Sewell. No soy Abigail. Soy Annabel Sotherby... y para usted, soy J. L. B., ¿comprende?

Y su voz, al decir esto, se hizo profunda, grave, imitando perfectamente una voz masculina que Brian había oído ya antes una vez, a través del teléfono. La voz de J. L. B., su cliente misterioso...

CAPITULO X

—Dios mío... No entiendo nada —jadeó Brian, confuso, dejándose caer en el sofá—. Usted... no es Abigail. Y es igual que ella. Idéntica. Y además... usted es... es mi cliente, J.L. B. ¿Por qué todo este juego sin sentido? ¿Qué está sucediendo aquí?

—Eso es lo que queríamos saber, señor Sewell —manifestó suavemente la joven recién aparecida, como una visión de la tumba. Pero su sonrisa suave y dulce, su modo de moverse, de mirar a Brian,

no parecía en absoluto ultraterreno—. A pesar de todas las precauciones tomadas, teníamos miedo de que, realmente, Abigail volviera... Sobre todo, al producirse muertes misteriosas de personas y de animales, desangrados y con el cuello destrozado. Investigar su muerte como un posible crimen, era sólo un pretexto. Sabíamos muy bien mi tía y yo que ella murió de un tumor cerebral, simplemente.
—Su tía... —Brian miró a Sharon Sotherby, que asintió calladamente con la cabeza—. Pero entonces usted... ¿quién es, exactamente?
—Ya se lo dije —aquella muchacha, viva imagen de la muchacha difunta, se sentó junto a él, y a Sewell le pareció tremendamente real, sólida y tangible. La pierna de la joven rozó la suya, y no había nada incorpóreo ni siniestro en ese roce que le hizo temblar, y no de miedo o de angustia precisamente—. Soy Annabel Sotherby. Mi tía Sharon era muy joven cuando se casó con Eric Sotherby, teniendo ya éste a Abigail por hija y a Peter por hermano de ella. Ahora, todos están muertos. Pero Peter dejó una hija de la que nadie sabía nada, antes de morir en accidente. Esa hija soy yo. Mi madre ni siquiera llegó a casarse con Peter Sotherby. Pero un documento de éste, hallado después, sirvió para darme su apellido. Me resisto a llamar abuela a tía Sharon, porque es demasiado joven para eso. Sí, Sewell. Yo soy Annabel, sobrina de Abigail Sotherby y, por capricho del destino y de la Naturaleza, naci físicamente idéntica a Abigail. Sólo físicamente, por supuesto. Habitualmente, no resido aquí, sino en Londres. Nadie me ha visto por tanto todavía en Rickinshaw.
—De modo que usted también investigaba por su lado —murmuró Brian—. Y de ese modo, la sorprendí en la vieja casa del pueblo anoche... tocando el piano.
—Me gusta el piano. En eso y en el gusto por el aroma de jazmines, también me parezco a Abigail. Pero ahí termina todo. Tía Sharon y yo deseamos estar tranquilas respecto a mi infortunada tía y sus convicciones diabólicas. Y ya ve, Sewell: apenas le encargo el asunto, fingiendo ser un hombre misterioso llamado J. L. B... todo se complica, y aparece, realmente, un vampiro.
—Que no es Abigail, después de todo —dijo Brian, clavando sus ojos en la lápida blanca de la cripta.
—No. No creo que lo sea —rechazó Annabel—. Es más, no creo en vampiros, tal como se entiende a tales seres tradicionalmente. Creo más bien en un asesino vivo y bien vivo.
—¿Un asesino vivo? —Brian pestañeó, sacudiendo la cabeza—. Sí, es posible. Muy posible, señorita Sotherby. Hasta ahora, he vivido tan obsesionado como ustedes dos con la historia del vampirismo de Abigail. Es como decir que los árboles no me dejaban ver el bosque. Pero si hay un asesino que mata animales, mancha una pared de la capilla con el nombre de Abigail, imitando su letra con sangre, y

asesina a personas a quienes halla solitarias, vaciándolas de sangre... ¿por qué puede hacer todo eso, salvo porque está loco?
—Si —suspiró la joven—. Es nuestra teoría, Sewell: un loco peligroso. Un ser que se cree a sí mismo un vampiro, ignoro por qué razón... y que ocupa el lugar que se supone debió ocupar Abigail, de haber sido ciertas sus convicciones.
—Un momento — Brian alzó una mano, empezando a meditar—. Yo iba a hablar con la enfermera Harris, cuando la mataron. Alguien a quien no vi entrar ni salir en la consulta del doctor Mayer, tras haberse ausentado éste... Alguien que me siguió, atacándome en el cementerio esta tarde, y huyendo luego al llegar el reverendo, tras herir mi cuello... para encontrarse con Baxter y matarle. Pero un tipo rudo y agresivo como Baxter, ¿cómo pudo dejarse matar, a menos que conociera muy bien a quien le abordó, y no sospechara nada de él?
— Unas buenas deducciones, Sewell —aprobó Annabel con una sonrisa grave, preocupada—. Pero ¿adónde le conducen realmente?
—Creo que a algo... algo que estaba ahí y no supe ver... El vampiro es alguien que conoció y trató a Abigail, que escuchó sus fantasías sobre resucitar como vampiro y todo eso... Alguien que, desequilibrada la mente, se convirtió a su vez en el vampiro que su locura le hizo recordar de viejas charlas con la joven muerta...
—¿Y... sabe quién es esa persona, Sewell? —se interesó Annabel, inclinándose hacia él, vivamente intrigada.
—Sí —resopló Brian Sewell, poniéndose en pie con brusquedad—. Creo que sí.
***
—¿Se ha vuelto loco, Sewell? —el joven doctor Mayer le miró con ojos somnolientos, revueltos los cabellos, apenas abrió la puerta—. ¿A qué viene a esta hora a mi casa? Abro mi consulta a las nueve... ¡y son solamente las seis de la mañana!
—Lo sé, doctor —sonrió Brian—. Dentro de una hora, aproximadamente, comenzará a amanecer, dada la época del año en que estamos. Preferí venir aquí de noche.
—Escuche, Sewell: le dije que no quería verle más en mi consulta. No me es usted persona grata, la verdad, y bien lo sabe. Hay otros dos médicos en Rickinshaw, tan buenos o mejores que yo. ¿Por qué no va a ver a uno de ellos si se encuentra mal? Yo no deseo atenderle, y menos aún a semejantes horas. Ahora, buenos días y...
—Espere, doctor —Brian había logrado insertar su pie entre la puerta, impidiéndole al joven médico que cerrase—. No vine a verle a usted. Pregunté por el doctor Mayer, si, pero... es a John F. Mayer a quien busco. Al doctor Mayer *senior,* en suma.
—Mire, Sewell, estoy empezando a perder la paciencia con usted. Si no se va inmediatamente, llamaré a la policía para que le eche de

aquí, ¿está bien claro? Mi padre está retirado ya de esta profesión, es un hombre de edad avanzada y enfermo, y está descansando ahora profundamente. De modo que lárguese de una maldita vez por todas.
—Lo siento, doctor. Imaginé que, siendo de noche, su padre no estaría descansando aún. Va contra las normas.
—¿A qué demonios se refiere ahora? —le miró el joven médico con gesto huraño y malhumorado.
—A los vampiros, doctor Mayer. Los vampiros viven de noche y se retiran a descansar cuando sale el sol, ¿no es eso lo tradicional? imaginé que su padre haría lo mismo que los demás, y que hasta dentro de una hora por lo menos, no necesitaría descanso...
Todo el sueño había desaparecido de repente del rostro repentinamente lívido del doctor James Mayer. Contempló estupefacto a su visitante, se abrió su boca con una expresión de
inmenso asombro, y los ojos se dilataron, con un extraño brillo.
—¿Está usted loco, Sewell? —jadeó—. ¿Qué estupidez es ésa?
—Oh, ninguna estupidez —sonrió Brian—. Si lo prefiere así, consultaré al centro médico de Manchester donde, según usted, su padre está en período de tratamiento por sus problemas nerviosos... Seguramente averiguaré que le tratan de complicaciones psiquiátricas más graves... y que hace días que no está allí, sino aquí, en su casa, sin que nadie supiera hasta hoy que había regresado. Y aun eso, porque el reverendo y yo le sorprendimos asomando a su consulta, doctor Mayer. Es posible, incluso, que ese centro de Manchester pueda confirmarnos que el anciano doctor Mayer sufre una posible esquizofrenia que le lleva a imaginarse otra persona en algunos momentos... Abigail Sotherby, por ejemplo. O el vampiro que Abigail sería, caso de haber sido ciertas sus creencias demoníacas de entonces... Pero no le molestaré más, doctor Mayer. Hablaré de esto al constable Hopkins, e iremos a Manchester a comprobar algunas cosas...
—¡Espere! —le cortó fríamente el joven médico—. Entre, Sewell. Creo que, después de todo, podré atenderle...
Era una forma rara de atender a un paciente. Brian Sewell contempló el arma de fuego saliendo del bolsillo de la bata que vestía el médico. Era una automática provista de tubo silenciador. Podía matarle allí mismo sin que nadie oyera ei estampido del arma homicida.
—No se ponga así, doctor —Brian alzó sus manos significativamente, con una sonrisa torva—. Su persuasión es total, créame. Entraré con usted.
Pasó al domicilio del médico. Este miró a la escalera, y cerró la puerta tras comprobar que no había nadie en ella. También escudriñó la calle, desierta y mojada por la lluvia, desde una ventana, sin dejar de encañonar a Brian Sewell.

—De modo que lo descubrió —dijo sordamente el joven médico.
—Sí, doctor. Y le advierto que comete un grave error al pretender seguir ocultándole y haciéndose cómplice y encubridor suyo.
—Es mi padre, Sewell —replicó el doctor Mayer patéticamente.
—Sí, lo sé. Y le comprendo. Pero todo ha sido un tremendo error desde el principio, doctor. No debió ir tan lejos cuando supo que su padre estaba mentalmente enfermo y se creía otra persona durante sus crisis. Encubrirle significó dejarle campo libre para cometer sus atrocidades.
—Lo sé, lo sé —se exasperó el joven, mirándole amargamente—. Pero es un hombre viejo, enfermo... Encerrarle en un asilo para enfermos mentales, en un sanatorio de por vida, le matará en poco tiempo, estoy seguro. Intenté curarle, hacerle ver que no podía obrar así... Entonces eran solamente animales los que sacrificaba... Luego, llegó lo peor: un vagabundo, un forastero, un ladrón sorprendido en una casa deshabitada de las cercanías... Pretendí convencerme a mí mismo de que mi padre no podía ser el culpable de todo eso, pero me engañaba y lo sabía. Entonces, decidí internarle en un sitio alegre, tranquilo, privado, donde se sintiera bien, pretextando una revisión médica y un tratamiento de los nervios. Lo aceptó, pero frecuentemente se escapa y viene a verme... Entonces se repiten esas horribles muertes... como sucedió ahora... Dudo entre entregarlo a las autoridades u ocultarlo. Y termino obrando como hijo, no como médico...
—Se hundirá usted con él. Es un asesino. Nadie piensa en enviarle a la horca ni nada parecido. Es un enfermo, y como tal será internado. Usted no es responsable, si esa vida le resulta imposible y le sucede algo. Es preferible eso a que siga matando, y termine todo igual. Porque tarde o temprano, alguien sospecharía, como he sospechado yo.
—Sí, supongo que sí —le miró con fijeza—. Dígame, ¿qué le hizo sospechar de él?
—Varias cosas: su dolencia nerviosa, el hecho de que el asesino en buena lógica debía de
vivir oculto aquí, en esta casa, puesto que nadie entró ni salió cuando mataron a su enfermera... Usted me trató con inexplicable hostilidad cuando le dije lo que investigaba y mencioné a Abigail y a su padre, porque usted sabía que su padre se creía Abigail en ciertos momentos, y obraba como un vampiro auténtico, llegando incluso a beber sangre en su demencial aberración... Después, pensé que si alguien estaba enfermo mentalmente y se creía Abigail, es porque sabía de sus convicciones, había hablado con ella, y de un modo u otro, ese recuerdo había afectado a su razón cuando se presentó la posible esquizofrenia. ¿Quién, sino el viejo doctor Mayer, pudo tener largas charlas con su joven paciente de entonces, conociendo a través de ella

los tortuosos vericuetos de la mente enfermiza y lúgubre de Abigail Sotherby? ¿Quién, sino el viejo médico familiar pudo hacer confiar a Baxter cuando le atacó en el sendero de la abadía? La respuesta a todos esos interrogantes, conducía siempre a una misma persona: su padre, el doctor Mayer. ¿Cómo comete él sus crímenes, doctor Mayer? ¿Qué utiliza para ello?
—Esto, señor Sewell —sonó una voz ronca y escalofriante, en alguna parte del consultorio—. Esto que va usted a probar ahora...
Brian se volvió, sintiendo que se erizaban sus cabellos. El hombre de cabello blanco y rostro rugoso y afable, era ahora un ser distinto y terrible. Crispado el rostro horriblemente, desorbitados y fulgurantes sus ojos, babeando su boca en un rictus cruel y demoniaco, era la viva imagen del horror.
Pero eso no era lo peor. Sus manos iban enfundadas en una especie de guantes de piel negra, rematados por garras de metal curvadas, como las zarpas de una fiera. La única luz de la consulta, hirió esas corvas piezas de acero afiladísimo, haciéndolas centellear siniestramente.
Brian imaginó lo que sería morir despedazado por aquellas falsas zarpas en manos de un loco. Las mismas zarpas que mataron a «Pinky», al gato del reverendo, a otros animales inofensivos, a personas solitarias y aisladas, a la enfermera Harris, al chófer Baxter... y a punto estuvieron de destrozarle a él mismo en las ruinas de la abadía...
—¡No, padre! —aulló el joven médico, poniéndose en pie, mortalmente pálido—. ¡Más no, por el amor de Dios! ¡Detente ya! ¡No ataques a Sewell, te lo ruego!
—Hijo mío, es necesario —la sonrisa dulce de aquel hombre demente tuvo algo de escalofriante. Su voz se hacía amable, tierna y cálida, como quizá lo fue la de Abigail, su joven paciente de veinte años atrás, que él reencarnaba en su diabólica esquizofrenia criminal—. Absolutamente necesario... El vino aquí a investigar lo de Abigail, ¿recuerdas? El me persigue, quiere devolverme a la tumba...
—Padre, por el amor de Dios, olvida ya esa locura, no eres Abigail sino mi padre, el doctor John F. Mayer... —jadeó roncamente su hijo —. No hagas nada. No ataques...
—Tengo que hacerlo. Tú sabes que es peligroso... Lo supimos en seguida, ¿no es cierto? Aun antes de venir aquí, tú le viste pasar... me hablaste de él... Yo fui esa noche a la vieja casa donde tantas veces estuve con mi madrastra y con Peter... Yo le arrojé la estatua para matarlo ., pero fallé, y el maldito espía siguió aquí, buscándome...
Era horrible oírle hablar con voz dulce, afable, casi cariñosa, como si realmente se creyera Abigail, sin dar importancia a tantos horrores sangrientos, a tanta muerte atroz...
Avanzó sobre Sewell. Las falsas garras de acero se alzaron,

proyectando sobre el rostro tenso del joven investigador una sombra demoniaca y perversa. Los ojos de Brian se clavaron en el loco, en su hijo, pálido y exasperado…

—Es inútil lo que haga ahora, doctor Mayer —jadeó Brian—. Ha llegado al final. Aunque yo muera… usted está perdido. El vampiro de Rickinshaw ha terminado sus correrías sanguinarias. La policía vigila esta casa. Saben que estoy aquí. Y saben el resto de la historia. ¿O pensaron ustedes que me metería en la boca del lobo sin tomar antes medidas? El joven médico soltó una imprecación. Miró por la ventana de nuevo. Vio abajo sin duda a Waggins, vigilante. Se volvió a su padre. El arma de fuego temblaba en sus dedos. —¡No, papá! ¡Alto! —gritó—. ¡No hagas nada! ¡Ellos ya lo saben todo! —Es igual, hijo —suspiró el médico loco—. Volveré tranquilo a la tumba… si él muere y bebo su sangre. Brian saltó sobre el doctor Mayer hijo, para quitarle el arma, cuando las zarpas caían ya sobre su cuello. Eludió el zarpazo, pero no pudo quitar el arma al joven. Este la había vuelto hacia su padre. Y apretaba el gatillo. El doctor Mayer cayó, al suelo, gritando roncamente. Se agitó, con sus horribles zarpas en el aire. Brian corrió a la ventana, la rompió con un pisapapeles de mármol. —¡Pronto, aquí. Waggins, constable Hopkins! —voceó—. ¡Suban ya! Luego, se volvió. Sollozando, el joven doctor Mayer soltaba su arma. Su padre se debatía en el suelo, con un boquete sangriento en el pecho. Miraba a su hijo, musitando, ya con su propia voz: —Hijo, ¿por qué? ¿Por qué lo has hecho? Brian fue a la puerta en silencio. Abrió. Entraron los policías. Y él salió, sintiéndose peor de lo que había imaginado. Fuera, en la calle, el coche negro aguardaba, con Broderick sentado al volante. Bajó a todo correr Annabel Sotherby. Le tomó de un brazo. Le miró. Y él a ella. —Sewell —musitó—. ¿Todo ha terminado? —Sí —asintió Brian—, Todo ha terminado, Annabel. He resuelto su caso. —¿Quién piensa ahora en eso? Vamos, venga con nosotros a casa —murmuró la joven, sonriendo risueñamente y tirando de su brazo—. Soy ya su amiga, no su cliente… Brian la siguió sin protestar. Era agradable. Muy agradable seguir a una chica como Annabel. Había creído amar a una muerta. Ahora sabía que no era así. Se enamoró de una imagen, de un rostro, de una persona. No de Abigail, sino de la muchacha del piano, de la chiquilla apenas vislumbrada en las ruinas de la abadía… En suma, de Annabel. Y ahora. Annabel le llevaba a Sotherby Manor. Le quería a su lado. Quería ser su amiga. Era un buen principio. El mejor para Brian Sewell, detective por accidente. Mentalmente, mientras seguía a Annabel al interior del coche, donde también esperaba, sonriente, la señora Sotherby, dedicó una oración a alguien. Una oración para Abigail. La necesitaba, sin duda, para seguir descansando tranquila allí donde estaba ahora.

FIN